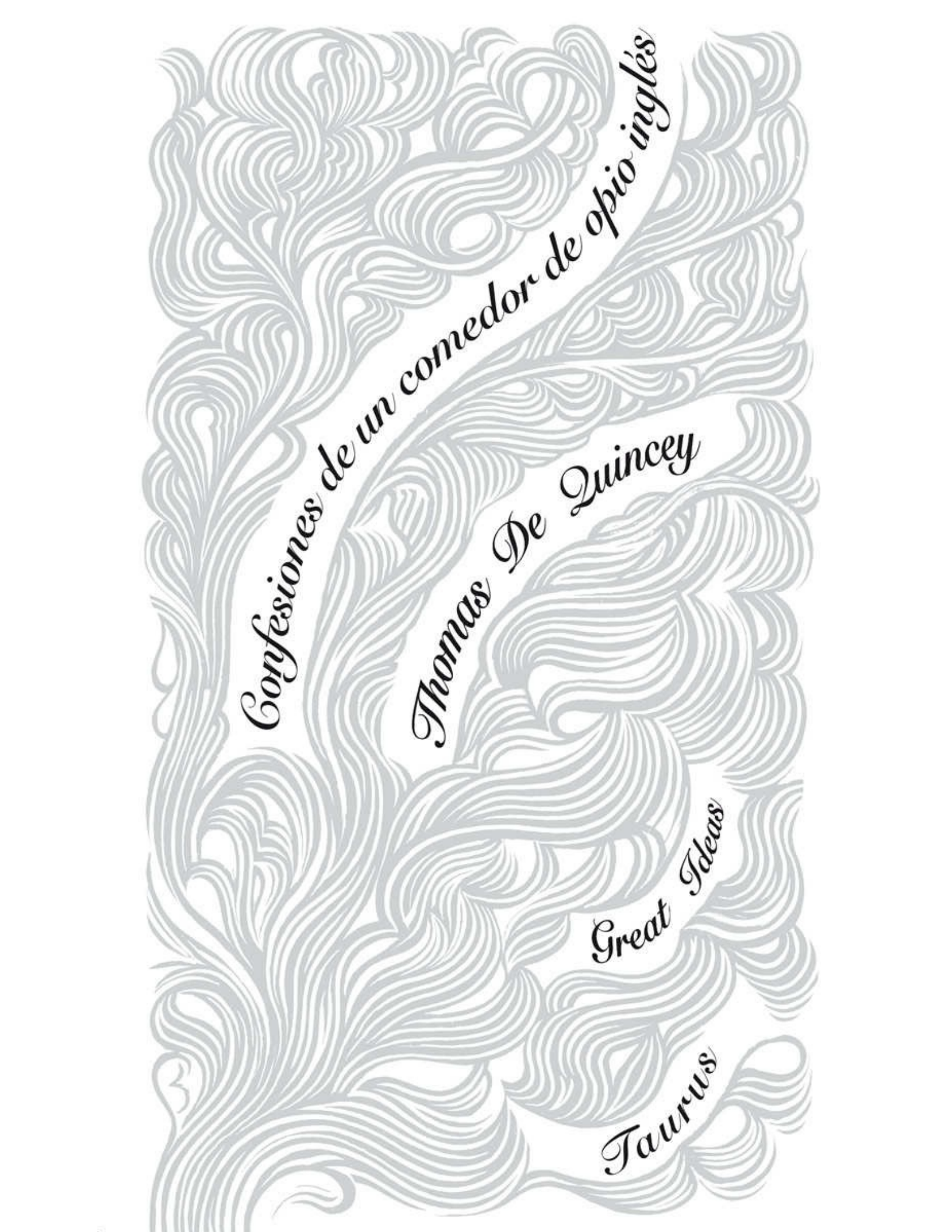




Confesiones de un comedor de opio inglés

Thomas De Quincey

Great Ideas

Taurus

Thomas De Quincey

*Confesiones de un comedor
de opio inglés*

TRADUCCIÓN DE DAMIÀ ALOU

GREAT IDEAS



Thomas De Quincey
1785–1859

AL LECTOR.— Te presento en estas páginas, amable lector, el relato de un período singular de mi vida: teniendo en cuenta el uso que le doy, confío en que resultará no sólo un relato interesante, sino también útil e instructivo en grado sumo. Con *esa* esperanza lo he redactado: y ésa ha de ser mi disculpa por romper la delicada y honorable reserva que a casi todos nos refrena a la hora de exponer en público nuestros errores y debilidades. De hecho, nada repugna tanto a los sentimientos de los ingleses como el espectáculo del ser humano que impone a nuestra observación sus llagas o cicatrices morales y desgarras esa «envoltura de decoro» con que el tiempo, o la permisividad ante la fragilidad humana, puede haberlas cubierto; por consiguiente, la mayor parte de *nuestras* confesiones (es decir, las confesiones espontáneas y extrajudiciales) proceden de personas de dudosa reputación, aventureros o timadores: y si queremos encontrar algún acto de autohumillación gratuito procedente de aquellos que supuestamente aceptan la sociedad decente y respetable, hemos de acudir a la literatura francesa, o a esa parte de la alemana que está manchada con la sensibilidad espuria e imperfecta de la francesa. Hasta tal punto lo creo, y tanto me desasosiega que me reprochen esta manera de pensar, que durante muchos meses he vacilado sobre la conveniencia de que estas páginas, o cualquier otra parte de mi relato, apareciera en público antes de mi muerte (cuando, por muchas razones, se publicará en su totalidad): y no me he decidido a dar este paso hasta después de haber sopesado con cierta desazón los motivos a favor y en contra.

Existe un instinto natural que provoca que la culpa y el dolor se arredren ante la idea de aparecer en público: prefieren la intimidad y la soledad: incluso cuando escogen una tumba, a veces se apartan de las zonas más pobladas del cementerio, como si declinaran la compañía de la gran familia humana, y desearan (en el conmovedor idioma del señor Wordsworth)

humildemente expresar
una soledad penitente.

Y en general, y en interés de todos nosotros, bien está que sea así: tampoco querría yo, por voluntad propia, desdeñar sentimientos tan saludables; y tampoco querría menoscabarlos de palabra ni de obra. Pero, por una parte, como la acusación que hago en mi contra tampoco equivale a una confesión de culpa, es posible que, de ser así, el beneficio que extrajeran los demás del relato de una experiencia adquirida a un precio tan elevado pudiera compensar, con exageradas creces, cualquier violación de los sentimientos a que me he referido y justificar haber roto esa regla general. La debilidad y el sufrimiento no implican necesariamente culpa. Se acercan o alejan de las sombras de

esa oscura alianza en proporción a los probables motivos y perspectivas del infractor, y las paliaciones, conocidas o secretas, de la infracción: en proporción a la fuerza que tuvieron las tentaciones en un primer momento y a la resistencia que, con actos o esfuerzos, se presentó hasta el final. Por mi parte, puedo afirmar, sin quebranto de la verdad ni el pudor, que mi vida ha sido, por lo general, la de un filósofo: desde mi nacimiento fui una criatura intelectual: e intelectuales han sido en el sentido más elevado mis actividades y placeres, incluso en mi época de colegial. Si consumir opio es un placer sensual, y si debo confesar que me entregué a él hasta un exceso todavía no *confesado*^[1] por ningún hombre, no es menos cierto que he luchado contra su fascinante sometimiento con un celo religioso, y que finalmente he conseguido algo que jamás he oído atribuido a ningún otro hombre: desembarazarme de casi todos los eslabones de esa cadena maldita que me sujetaba. Se puede deducir con toda justicia que esa reconquista de mi voluntad compensa cualquier autocomplacencia que hubiera podido cometer antes. Y tampoco quiero insistir en que, en mi caso, la reconquista de voluntad fue incuestionable, mientras que la autocomplacencia se abre a la incertidumbre de la casuística, pues ese nombre puede extenderse a actos destinados al mero alivio del dolor o restringirse a otros dirigidos simplemente a provocar el placer.

No reconozco ninguna culpa, por tanto; y si lo hiciera es posible que escribiera igualmente este acto de confesión, a fin de que pueda ser de utilidad a todo tipo de comedores de opio. Pero ¿quiénes son? Lector, lamento decirte que son muy numerosos. Es algo de lo que quedé convencido hace algunos años, al calcular el número existente en un sector reducido de la sociedad inglesa (el de los hombres distinguidos por su talento o por su eminencia) de personas que, sabía yo de manera directa o indirecta, comía opio: como por ejemplo, el elocuente y benevolente..., difunto deán de...; lord...; el señor..., filósofo; un difunto subsecretario de Estado (que me describió la sensación que por primera vez lo impulsó a tomar opio con las mismísimas palabras que el deán de..., a saber, «que sentía como si unas ratas le royeran y erosionaran las paredes del estómago»); el señor...; y muchos otros, apenas menos conocidos, que sería tedioso mencionar. Ahora bien, si un solo sector, comparativamente tan reducido, podía aportar docenas de casos (y limitándome a los que yo conocía personalmente), era natural inferir que toda la población de Inglaterra proporcionaría un número proporcional. No obstante, dudé de la solidez de esta inferencia hasta que algunos hechos me demostraron que no andaba desencaminado. Mencionaré dos. 1: Tres respetables farmacéuticos londinenses, en barrios muy distantes, a los que dio la casualidad de que recientemente había comprado pequeñas cantidades de opio, me aseguraron que el número de comedores de opio *aficionados* (tal como yo los denomino) era en aquella época inmenso; y que la dificultad de distinguir a esas personas, que, tras haber adquirido el hábito, no podían pasar sin él, de los que lo comparaban con vistas a suicidarse, les provocaba diariamente preocupaciones y disputas. Esto tan sólo por lo que se refiere a Londres. Pero 2: (cosa que probablemente sorprenderá aún más al lector), hace unos años, pasando por Manchester, varios fabricantes de tejidos de algodón me informaron de que sus trabajadores estaban adquiriendo rápidamente la práctica de consumir opio, hasta el

punto de que los sábados por la tarde los mostradores de los farmacéuticos estaban cubiertos de píldoras de uno, dos o tres granos, en previsión de la demanda de la tarde. El motivo inmediato de esa práctica era la escasez de los salarios, que en aquella época no les permitía comprar cerveza ni licores. Se podría pensar que dicha práctica cesaría con un aumento de los salarios, pero como no estoy dispuesto a creer que ningún hombre, tras haber probado el lujo divino del opio, se rebaje posteriormente a los toscos y mortales goces del alcohol, doy por sentado que

Comen ahora quienes nunca comieron;
y comen ahora más quienes siempre comieron.

Los fascinantes poderes del opio los admiten incluso los escritores de libros médicos, que son sus mayores enemigos: así, por ejemplo, Awsiter, boticario del hospital de Greenwich, en su *Ensayo sobre los efectos del opio* (publicado en 1763), cuando intenta explicar por qué Mead no se había mostrado lo bastante explícito acerca de las propiedades, antídotos, etc., de esa droga, se expresa en estos términos misteriosos (Φωναντα συνετοῖσι)(1) [dichos «que apelan a los sabios»]: «quizá consideraba que era un tema de naturaleza demasiado delicada para divulgarlo; y que, como mucha gente podría utilizarlo de manera indiscriminada, serían necesarios dicho temor y cautela para evitar que experimentaran los amplios poderes de esta droga: *pues posee muchas propiedades que, si se conocieran de manera universal, convertirían su uso en algo habitual, y su demanda entre nosotros sería mayor que entre los propios turcos*»; y añade que «dicho conocimiento podría acabar resultando una auténtica desgracia». No coincido del todo en lo ineludible de su conclusión: pero sobre ese punto tendré ocasión de hablar al final de mis confesiones, donde le presentaré al lector la *moraleja* de mi relato.

Confesiones preliminares

[Parte I]

Si he juzgado oportuno comenzar por estas confesiones preliminares, o relato introductorio, de las aventuras juveniles que en años posteriores llevaron a este escritor al hábito de consumir opio, ha sido por tres razones distintas:

1. Porque anticipan la pregunta, dándole también una respuesta satisfactoria, que de otro modo se entrometería penosamente en el curso de las Confesiones del Opio: «¿Cómo es posible que cualquier ser razonable se someta a ese yugo de sufrimiento, incurra de manera voluntaria en una cautividad tan servil, y a sabiendas acepte verse sujeto con una cadena de siete vueltas?». Una pregunta que, si no se respondiera de manera adecuada en algún momento, provocaría indignación ante un acto de absurda locura e interferiría con el grado de simpatía que siempre resulta necesario para los propósitos de un autor.

2. Porque resulta clave para explicar algunas partes de la espantosa escenografía que posteriormente pobló los sueños del comedor de opio.

3. Porque crea cierto interés personal previo hacia la persona que se confiesa, aparte de las confesiones propiamente dichas, y hace que éstas sean aún más interesantes. Si un hombre «cuya única conversación son los bueyes» se convirtiera en comedor de opio, lo más probable es que (a no ser que sea demasiado lerdo para soñar) sueñe con bueyes, mientras que en el caso que ahora se presenta ante el lector, el comedor del opio se jacta de ser filósofo: con lo que la fantasmagoría de sus sueños (despierto o dormido, ensoñaciones o sueños nocturnos) se corresponderá con alguien que

Humani nihil a se alienum putat.

[«Considera que nada humano le es ajeno»]

Pues entre las condiciones que considero indispensables para poder hacerse acreedor al título de filósofo, no se cuenta tan sólo el poseer un magnífico intelecto en sus funciones *analíticas* (aunque, durante varias generaciones, Inglaterra no haya podido presentar muchos aspirantes a ese título; o cuando menos, no recuerdo ningún candidato conocido al que se pueda calificar de manera categórica de *pensador sutil*, con la excepción de *Samuel Taylor Coleridge*, y, en un apartado del pensamiento más limitado, con la reciente e ilustre excepción^[2] de *David Ricardo*); también hay que contar con facultades *morales* que le proporcionen una mirada interior y una capacidad de intuición que le permita adentrarse en las visiones y misterios de la naturaleza humana, una combinación de facultades, en pocas palabras, que (entre todas las generaciones de

hombres que desde el principio de los tiempos se han desplegado en la vida, por así decirlo, de este planeta) nuestros poetas ingleses han poseído en el grado más alto..., y los profesores escoceses[3] en el más bajo.

A menudo me han preguntado cómo acabé convirtiéndome en un comedor de opio habitual; y mis conocidos me han achacado la muy injusta fama de haberme provocado todos los sufrimientos que pasaré a relatar entregándome durante mucho tiempo a esta práctica simplemente por el placer de crear un estado artificial de agradable excitación. Sin embargo, eso es presentar mi caso de manera falsa. Cierto que durante casi diez años tomé opio de manera esporádica simplemente por el exquisito placer que me proporcionaba: pero durante el tiempo que lo tomé con ese propósito me protegí eficazmente de todas sus nocivas consecuencias materiales interponiendo largos intervalos entre los diversos actos de complacencia a fin de renovar las agradables sensaciones. No fue con el propósito de obtener placer, sino de mitigar un intensísimo dolor, por lo que empecé a tomar opio como parte de mi dieta diaria. Cuando tenía veintiocho años padecí una afección estomacal tremendamente dolorosa, que ya había experimentado unos diez años atrás, pero que ahora sufría con gran intensidad. Esta afección tenía su origen en el hambre extrema que había sufrido en mi niñez. Durante la temporada de esperanza y tremenda felicidad que vino después (es decir, de los dieciocho a los veinticuatro años) la enfermedad permaneció inactiva; durante los tres años siguientes revivió a intervalos; y luego, en circunstancias desfavorables debidas a la depresión de mi ánimo, me atacó con una violencia que no cedió ante ningún remedio, salvo el del opio. Como los sufrimientos infantiles que causaron esos trastornos estomacales resultan interesantes en sí mismos, y también las circunstancias que los provocaron, paso a relatarlos brevemente.

Mi padre murió cuando yo tenía unos siete años y me dejó al cuidado de cuatro tutores. Me mandaron a diversas escuelas, grandes y pequeñas, y desde muy pronto me distinguí en los estudios de Clásicas, sobre todo por mi conocimiento del griego. A los trece años escribía en griego con facilidad; y a los quince mi dominio de ese idioma era tan grande que no sólo componía estrofas griegas en metros líricos, sino que podía hablar griego de manera fluida y sin dificultades, algo que desde entonces no he vuelto a ver en ningún estudioso de mi tiempo, y que, en mi caso, se debía a la práctica diaria de traducir los periódicos al mejor griego que era capaz de improvisar: la necesidad de saquear mi memoria e inventiva en busca de todo tipo y combinación de expresiones perifrásticas equivalentes a las ideas, imágenes y relatos de cosas modernas me proporcionó una dicción tan amplia que nunca habría conseguido mediante la aburrida traducción de ensayos morales, etc. «Ese muchacho», dijo uno de mis profesores, señalándome delante de algún visitante, «podría pronunciar una arenga delante de una multitud ateniense mejor de lo que usted y yo podríamos dirigirnos a una inglesa». La persona que me honró con este elogio era un erudito, «bueno y veterano»: y de todos mis tutores fue el único al que amé y veneré. Por desgracia para mí (y como descubrí posteriormente, para gran indignación de ese hombre de tanta valía), luego pasé al cuidado primero de un necio, que vivía en el constante pánico de que yo revelara su

ignorancia; y luego al de un respetable erudito que estaba al frente de un famoso colegio en una antigua fundación. Ese hombre había sido designado para el cargo por el... College de Oxford; y era un estudioso sólido y sin fisuras, pero (como casi todos los hombres que he conocido procedentes de ese colegio), basto, torpe y nada elegante. A mis ojos presentaba un lamentable contraste con el esplendor etoniano de mi profesor preferido: y además, era incapaz de disimular a todas horas la pobreza y poquedad de su entendimiento. Para un muchacho, es malo estar muy por encima de tus tutores, ya sea en conocimientos o en capacidad mental, y encima ser consciente. Ése era el caso, al menos en lo que hacía a los conocimientos, y no sólo en mi caso: pues los dos muchachos que junto conmigo componían ese primer curso eran mejores helenistas que el director, aunque no unos estudiosos más elegantes, ni tampoco estaban más acostumbrados a sacrificar a las Gracias. Recuerdo que cuando ingresé en el colegio leíamos a Sófocles, y suponía un triunfo constante para nosotros, el docto triunvirato de primero, ver cómo nuestro «Archidascalio» [«Director»] (como le encantaba que lo llamáramos) se estudiaba de memoria la lección antes de que apareciéramos, y preparaba una larga mecha con léxico y gramática para dinamitar y destruir (por así decir) cualquier dificultad que encontrara en los coros; mientras que *nosotros* jamás nos rebajábamos a abrir nuestros libros hasta el momento de entrar en clase, y por lo general nos dedicábamos a escribir epigramas sobre su peluca o sobre alguna cuestión de igual importancia. Mis dos compañeros de clase eran pobres, y su posterior permanencia en la universidad dependía de la recomendación del director; pero yo, que poseía un pequeño patrimonio cuya renta era suficiente para mantenerme en la universidad, quería que me enviaran ahí de inmediato. Lo solicité encarecidamente a mis tutores, pero sin resultado. Uno, el más razonable, y que sabía más del mundo que los demás, vivía bastante lejos; dos de los otros tres cedían su autoridad a un cuarto; y este cuarto, con el que yo tenía que negociar, era un hombre honorable, a su manera, pero altivo, obstinado, y no toleraba que nadie se opusiera a su voluntad. Después de algunas cartas y entrevistas personales, descubrí que nada podía esperar de mi tutor, ni siquiera llegar a un compromiso: sólo exigía sumisión incondicional, con lo que tuve que disponerme a tomar otras medidas. Llegaba el verano con pasos presurosos, y se acercaba el día de mi decimoséptimo aniversario; yo me había jurado que después de ese día ya no seguiría en aquella escuela. Como lo que me faltaba sobre todo era dinero, le escribí a una mujer de elevada posición, la cual, aunque joven, me conocía desde niño, y como últimamente me trataba con gran deferencia, le solicité que me «prestara» cinco guineas. Pasó más de una semana sin que llegara ninguna respuesta; y ya comenzaba yo a desanimarme cuando por fin un criado me trajo una carta de dos hojas en cuyo sello se veía una corona nobiliaria. La carta era amable y atenta: mi bella corresponsal se encontraba en la costa, y ése había sido el motivo de la demora: me incluía el doble de la cantidad que yo le había solicitado, y afablemente insinuaba que, aunque *jamás* le devolviera el dinero, ella de ningún modo quedaría en la ruina. Así pues, mi plan ya estaba ultimado: diez guineas, añadidas a las dos que me quedaban de mi propio dinero, parecían suficientes para una cantidad indefinida de tiempo: y en esa dichosa edad, si no se asigna un límite *definido* a

nuestras capacidades, la esperanza y la dicha las convierten prácticamente en infinitas.

Acertado es el comentario del doctor Johnson (y emotivo, cosa que no puede decirse a menudo de sus comentarios) de que nunca hacemos una cosa por última vez de manera consciente (es decir, de las cosas que solemos hacer) sin tristeza en el corazón. Esta verdad la sentí profundamente cuando me llegó la hora de abandonar..., un lugar que no amaba y donde no había sido feliz. La noche antes de dejar... para siempre, me afligí cuando en la antigua y majestuosa aula resonó el servicio vespertino, que ya no volvería a oír nunca más; y por la noche, cuando pasaron lista y mi nombre (como siempre) fue el primero, di un paso adelante, y al pasar junto al director, que estaba de pie a mi lado, lo saludé con la cabeza y lo miré con sentimiento a la cara, diciéndome: «Está viejo y enfermo, y no le volveré a ver en este mundo». Acerté: nunca volví a verle, y nunca lo haré. Me miró complacido, me dirigió una sonrisa afable y devolvió mi saludo (o mejor dicho, mi despedida) y nos separamos (aunque él no lo sabía) para siempre. No podía venerarlo en el aspecto intelectual, pero él se había mostrado invariablemente amable conmigo, y muchas veces había sido tolerante: me afligí al pensar en la mortificación que le infligiría.

Llegó la mañana en que tenía que lanzarme al mundo, y que tanto ha influido en muchos aspectos de mi vida posterior. Me alojaba en la casa del director, y desde un primer momento me habían concedido una habitación privada, que utilizaba tanto para dormir como para estudiar. Me levanté a las tres y media y contemplé con profunda emoción las antiguas torres de..., «ataviadas con la primera luz», que adquirían un tono carmesí con el radiante brillo de una mañana de julio sin nubes. Mi propósito era firme e inamovible: pero todavía me desasosegaban los inciertos peligros y tribulaciones que podían presentarse; y de haber previsto el huracán y la granizada sin paliativos de aflicción que pronto caería sobre mí, me habría desasosegado aún con más motivo. La intensa paz de la mañana presentaba un conmovedor contraste con esa agitación, y en cierto grado era un bálsamo. El silencio era más profundo que el de la medianoche: y para mí el silencio de una mañana de verano resulta más emocionante que cualquier otro silencio, pues al ser su luz clara e intensa como la del mediodía de cualquier otra estación del año, parece diferir del pleno día en que los hombres aún no han salido de sus casas; y así, la paz de la naturaleza, y de las inocentes criaturas de Dios, parece segura y profunda, aunque sólo mientras la presencia del hombre y su espíritu inquieto e impaciente no perturben su santidad. Me vestí, cogí el sombrero y los guantes y me entretuve un rato en la habitación. Durante el año y medio anterior, ese cuarto había sido mi «ciudadela de la meditación»: allí había leído y estudiado durante todas las horas de la noche, y aunque ciertamente durante la última parte de ese período yo, que estaba hecho para el amor y los dulces afectos, había perdido mi alegría y felicidad en los desacuerdos y acaloradas disputas con mi tutor, al ser un muchacho tan apasionado de los libros y dedicado al ejercicio del intelecto, había disfrutado también de muchas horas felices en medio del abatimiento general. Lloré al volver la vista hacia la silla, el hogar, el escritorio y otros objetos familiares, consciente también con toda certeza de que los veía por última vez. Cuando escribo estas líneas han transcurrido ya dieciocho años

desde entonces, y sin embargo sigo viendo como si fuera ayer los rasgos y expresión del objeto en el que fijé mi mirada de despedida: era un cuadro de la encantadora..., que colgaba sobre la repisa de la chimenea; los ojos y la boca eran tan hermosos, y todo el semblante irradiaba tanta bondad y divina calma que mil veces había dejado la pluma o el libro para que me aportara consuelo, como hace un devoto con su santo patrón. Y mientras seguía contemplando aquella cara, las graves campanadas del reloj de... proclamaron que eran las cuatro. ¡Me acerqué al cuadro, lo besé y a continuación salí cerrando la puerta para siempre!

Tanto se combinan y se entrelazan en esta vida las ocasiones de risas y lágrimas que no puedo recordar sin sonreír un incidente ocurrido en esa época que casi puso punto final a la ejecución inmediata de mi plan. Yo poseía un baúl que pesaba muchísimo; pues, además de mis ropas, contenía casi toda mi biblioteca. El problema era llevarlo a un mozo de cuerda: mi habitación se encontraba en un piso muy elevado de la casa, y (lo que era peor) la escalera que comunicaba con ese ángulo del edificio era accesible sólo mediante una galería que pasaba por delante de la puerta del dormitorio del director. Yo era el preferido de todos los criados, y como sabía que cualquiera de ellos me protegería y actuaría con discreción, le comuniqué la dificultad a uno de los criados del director. Éste juró que haría todo lo que yo deseara; y cuando llegó el momento, subió las escaleras para bajar el baúl. Yo temía que el baúl superara las fuerzas de cualquiera, sin embargo aquel criado era un hombre:

De hombros de Atlante, capaces de soportar
el peso de las monarquías más poderosas;

y su espalda era tan amplia como la llanura de Salisbury. Por consiguiente insistió en bajar el baúl él solo, mientras yo esperaba al pie del último tramo de escaleras presa de la ansiedad. Al principio le oí bajar con pasos lentos y firmes, pero por desgracia, a causa del temblor de sus miembros, mientras se acercaba a la zona peligrosa, a pocos pasos de la galería, resbaló, y así fue como la poderosa carga cayó de sus hombros, ganó velocidad a cada peldaño del descenso y al llegar abajo se puso a rodar, o mejor dicho, rebotó, con un ruido de mil demonios, justo contra la mismísima puerta del dormitorio del archididáscalo. Mi primer pensamiento fue que todo estaba perdido; y que la única oportunidad que tenía de batirme en retirada era sacrificar mi equipaje. Sin embargo, al reflexionar, decidí plantarle cara a los hechos. El criado estaba de lo más alarmado, tanto por su situación como por la mía: pero a pesar de ello, lo absurdo de ese desdichado *contretemps* lo había afectado de tal manera que soltó una carcajada prolongada, sonora y cantarina que habría sido capaz de despertar a los Siete Durmientes. Al oír aquella estruendosa alegría al alcance de los mismísimos oídos de la autoridad insultada no pude evitar unirme a ella: no tanto por la *étourderie* [metedura de pata] del baúl, como por el efecto que había tenido sobre el criado. De hecho, los dos esperábamos que el doctor saliera hecho un basilisco de su habitación: pues por lo general con sólo el movimiento de un ratón saltaba como un mastín de su perrera. Sin embargo, se me hace extraño decir

que, en esa ocasión, cuando se apagó el ruido de las carcajadas, no se oyó nada en su dormitorio, ni siquiera un susurro. El doctor... padecía una dolorosa afección que a veces le impedía dormir, por lo que cuando llegaba el sueño, éste era muy profundo. Haciendo acopio de valor gracias al silencio, el criado volvió a levantar su carga y llevó a cabo el resto del descenso sin más accidentes. Esperé a ver el baúl colocado sobre una carretilla, de camino hacia el mozo: a continuación «con la Providencia como guía», me puse en camino a pie, llevando bajo el brazo un paquetito con algunas prendas de vestir; uno de mis poetas ingleses preferidos en un bolsillo y un pequeño volumen en duodécimo que contenía unas nueve obras de Eurípides en el otro.

Mi primera intención había sido dirigirme a Westmorland, tanto por el cariño que le tenía a la región como por otras razones personales. Sin embargo, la casualidad dirigió mis pasos en otra dirección, y me encaminé hacia el norte de Gales.

Después de vagar un tiempo por Denbighshire, Merionethshire y Caernarvonshire, me alojé en una hermosa casita en B. Podría haberme quedado en ella cómodamente durante muchas semanas, pues en B la comida era barata, a causa de la escasez de otros mercados para el excedente de una extensa zona industrial. Sin embargo, una casualidad en la que quizá no hubo intención alguna de incomodarme me llevó a vagabundear otra vez. No sé si el lector se habrá dado cuenta, pero a menudo he observado que la clase más orgullosa de Inglaterra (o en cualquier caso, la clase en la que el orgullo es más aparente) son las familias de los obispos. Los nobles, y sus hijos, ya nos indican lo suficiente en su título cuál es su rango. Más aún, sus mismos nombres (y lo mismo se aplica a los hijos de muchas casas sin título) son a menudo, para el oído inglés, adecuados exponentes de alta cuna o ascendencia. Sackville, Manners, Fitzroy, Paulet, Cavendish y tantos otros revelan ya su propia historia. Dichas personas, por tanto, se encuentran allí donde van con el respeto que merecen, excepto entre aquellos que nada saben del mundo, en virtud de su propia insignificancia: «Si no los conoces, es que nadie te conoce a ti». Sus modales adquieren un tono y matiz adecuado; y por una vez que les parece necesario dar fe de su importancia ante los demás, se encuentran con miles de ocasiones en que moderan y atenúan esa necesidad mediante una cortés condescendencia. Con las familias de los obispos ocurre lo contrario: dar a conocer sus pretensiones se les hace muy difícil: pues la proporción de obispos que ocupa un asiento en la cámara de los lores, procedentes de familias nobles, nunca es muy alta; y la sucesión en estas dignidades es tan rápida que la opinión pública casi nunca tiene tiempo de familiarizarse con ellos, a no ser que gocen de alguna reputación literaria. De ahí que los hijos de los obispos muestren siempre un aire severo y repelente, indicativo de que su dignidad suele pasarse por alto, una especie de actitud de *noli me tangere* [«no me toque»], que se les vea nerviosos y agresivos ante cualquier familiaridad excesiva y que se arredren con la sensibilidad de un gotoso de todo contacto con las οἱ πολλοί [«las masas»]. Es indudable que una poderosa inteligencia o un carácter insólitamente bondadoso protege a un hombre de tal debilidad: pero, por lo general, habrá que reconocer la verdad de mis palabras: el orgullo, si no profundamente arraigado en dichas familias, aparece al menos en la superficie de su actitud. El espíritu de esta actitud se

transmite de manera natural a sus criados y otros subordinados. Mi patrona, por ejemplo, había sido doncella o niñera en la familia del obispo de..., y últimamente había dejado el servicio y se había «instalado» (tal como suelen expresarlo esas personas) de por vida. En una población pequeña como B..., el mero hecho de haber vivido sirviendo en la familia del obispo concedía cierta distinción: y mi buena patrona poseía de sobras el orgullo que acabo de mencionar. En su conversación diaria no dejaba de mencionar lo que dijo «milord», lo que hizo «milord», lo útil que fue en el Parlamento o lo indispensable que resultó en Oxford. Todo esto yo lo llevaba muy bien: pues siempre he tenido demasiado buen carácter para reírme en la cara de nadie, y siempre he sido sumamente indulgente con la garrulería de una vieja sirvienta. Sin embargo, también debo de haber parecido, a sus ojos, muy poco impresionado con la importancia del obispo: y quizá, para castigar mi indiferencia, o posiblemente por accidente, un día me repitió una conversación que se refería a mí de manera indirecta. Había visitado el palacio para presentar sus respetos a la familia, y, una vez finalizada la cena, la invitaron a presentarse en el comedor. Mientras relataba la situación de su economía doméstica mencionó que había alquilado sus habitaciones, y al parecer el buen obispo aprovechó la ocasión para advertirle que fuera con ojo a la hora de escoger sus inquilinos: «Pues no olvide, Betty», le dijo, «que ese lugar se encuentra en el camino real de Holyhead, con lo que es probable que pasen por allí multitud de timadores irlandeses que se dirigen a Inglaterra huyendo de sus deudas, y de timadores ingleses que huyen de las suyas a la isla de Man». El consejo no carecía de razones fundadas, aunque era más bien para que la señorita Betty lo meditara en privado que para que lo mencionara en mi presencia. Lo que siguió, sin embargo, fue aún peor: «Milord», le contestó mi patrona (según su propia versión del asunto), «la verdad es que no creo que este joven caballero sea un estafador, pues...». La interrumpí en un arrebató de indignación: «¿Que no *cree* que yo sea un estafador?», dije. «En el futuro, le ahorraré el trabajo de pensar en ello». Y sin más dilación, comencé a recoger mis cosas para marcharme. Hay que reconocer que hasta cierto punto pareció aceptar mis objeciones: pero me temo que le dirigí alguna expresión severa y desdeñosa al ilustre dignatario que despertó la indignación de la señora, por lo que la reconciliación se hizo de todo punto imposible. Lo cierto es que yo estaba de lo más indignado ante el hecho de que el obispo sugiriera la más remota sospecha contra una persona a la que nunca había visto: y se me ocurrió hacerle saber lo que pensaba en griego: cosa que le haría presuponer que yo no era ningún timador, y al mismo tiempo (esperaba) obligaría al obispo a contestar en el mismo idioma; en cuyo caso quedaría bastante claro que, aunque yo no era tan rico como Su Señoría, era mejor helenista. No obstante, unos pensamientos más serenos apartaron esta idea infantil de mi mente: pues consideré que el obispo tenía todo el derecho a aconsejar a una vieja sirvienta y no había pretendido que su consejo llegara a mis oídos; y la misma tosquedad mental que había llevado a la señorita Betty a repetir ese consejo quizá la había hecho expresarse de una manera más acorde con su manera de pensar que con la expresión literal del honorable obispo.

Abandoné aquellos aposentos en menos de una hora, lo que resultó un hecho muy

desgraciado: pues al alojarme desde aquel momento en posadas, se me terminó el dinero muy rápidamente. Al cabo de dos semanas me quedaba tan poco que sólo podía permitirme una comida al día. A causa del gran apetito que originaba el constante ejercicio y el aire de la montaña al actuar sobre un estómago juvenil, tan escaso régimen comenzó a hacerme sufrir enormemente, pues lo único que podía atreverme a pedir era café o té. Y al final ni siquiera esto podía permitirme, y a partir de entonces, mientras permanecí en Gales, subsistí a base de moras, escaramujos, el fruto del espino, etc., o de la fortuita hospitalidad que de vez en cuando recibía a cambio de pequeños servicios que tenía la oportunidad de prestar. A veces escribía cartas comerciales para los habitantes de la zona que tenían parientes en Liverpool o en Londres: más a menudo escribía cartas de amor a las muchachas que habían servido como criadas en Shrewsbury o en otras poblaciones de la frontera inglesa. En todas esas ocasiones les proporcioné una gran satisfacción a mis humildes amigos y generalmente me trataron con hospitalidad; y en una ocasión en particular, cerca del pueblo de Llan-y-styndw (o algo parecido), en una parte remota de Merionethshire, recibí hospitalidad durante tres días de una familia de jóvenes, que me trataron con amabilidad tan afectuosa y fraternal que dejó una impresión en mi corazón que todavía no se ha visto empañada. En aquella época la familia la componían cuatro hermanas y tres hermanos, todos adultos, de una elegancia y exquisitez en sus modales dignas de señalar. No recuerdo haber visto antes ni después tanta belleza, tanta buena educación y refinamiento en gentes del campo, excepto quizá una o dos ocasiones en Westmorland y Devonshire. Todos hablaban inglés: algo que no es muy frecuente en tantos miembros de una sola familia, sobre todo en áreas apartadas del camino real. Ahí, nada más llegar, escribí para uno de los hermanos una carta acerca del botín obtenido mientras servía a bordo de un buque de guerra inglés, y, más privadamente, dos cartas de amor para dos de las hermanas. Eran dos muchachas que llamaban la atención, y una de ellas poseía una belleza fuera de lo común. En medio de su confusión y rubor, mientras me dictaban, o más bien me daban instrucciones generales, no necesité una gran perspicacia para descubrir que lo que deseaban era que sus cartas fueran todo lo amables que les permitía su orgullo de doncellas. Así pues, procuré temperar mis expresiones para que se conciliaran ambos sentimientos; y lo cierto es que quedaron tan complacidas con la manera en que expresé sus pensamientos como (en su simplicidad) atónitas ante el hecho de que los hubiera descubierto tan pronto. La manera en que a uno lo reciben las mujeres de una familia generalmente determina el tenor de cómo se le tratará en general. En ese caso, había cumplido con mis deberes confidenciales de secretario a satisfacción de todos, y quizá también les había divertido con mi conversación: así que insistieron para que me quedara con una cordialidad a la que me costó mucho resistirme. Dormía con los hermanos, pues la única cama sin ocupar se encontraba en la dependencia de las jóvenes: pero por todo lo demás me trataron con un respeto que no se suele prodigar a personas cuya bolsa es tan exigua como la mía; como si mi saber fuera suficiente prueba de que yo era de «buena familia». Así fue como viví con ellos durante tres días, y gran parte del cuarto: y como no menguó la amabilidad que seguían mostrándome, creo que podría haberme quedado con ellos hasta ahora, si

sus fondos hubieran estado a la altura de sus deseos. Sin embargo, la última mañana percibí en sus semblantes, mientras desayunaban, la expresión de que tenían que comunicarme algo desagradable; y poco después uno de los hermanos me explicó que el día antes de mi llegada sus padres se habían marchado a un encuentro anual de metodistas que se celebraba en Caernarvon, y que esperaban que regresaran ese mismo día; «y que si no eran tan corteses como deberían», me suplicó, de parte de todos los jóvenes, no me lo tomara a mal. Los padres regresaron y contestaron con una expresión hosca y un «*Dym Sassenach*» (*No hablo inglés*) cada vez que me dirigí a ellos. Al ver cómo estaban las cosas me despedí de manera afectuosa de mis amables y atractivos anfitriones y me marché. Pues aunque hablaron de mí con cariño a sus padres, y a menudo excusaron la actitud de los ancianos afirmando simplemente que era «su manera de ser», fácilmente comprendí que mi talento para escribir cartas de amor sería tan poca recomendación delante de dos graves sexagenarios metodistas galeses como mis versos sáficos o alcaicos griegos: y que lo que había sido hospitalidad con la amable cortesía de mis jóvenes amigos se convertiría en caridad con la severa actitud de aquellos dos ancianos. No hay duda de que el señor Shelley tiene razón en lo que piensa de la vejez: a no ser que encuentre un poderoso contrapunto de todo tipo de influencias contrarias, corrompe e infesta de manera miserable la simpática generosidad del corazón humano.

Poco después de eso conseguí, por unos medios que debo omitir por falta de espacio, trasladarme a Londres. Y aquí comienza el último y más terrible episodio de mis prolongados sufrimientos; y podría decir, sin utilizar una expresión desproporcionada, de mi agonía. Pues padecí, durante más de dieciséis semanas, la angustia física del hambre en diversos grados de intensidad; de una manera tan amarga, quizá, como la pueda haber sufrido cualquier humano que haya sobrevivido. No quiero importunar necesariamente los sentimientos del lector con los detalles de lo que soporté: pues extremos como éstos, ni aun en el caso de alguien que haya cometido las peores faltas, se pueden contemplar, ni siquiera descritos, sin una compungida piedad que resulta dolorosa a la bondad natural del corazón humano. Baste decir, al menos por el momento, que mi único sustento fueron unos pocos pedazos de pan de la mesa del desayuno de una persona (que me imaginaba enfermo, pero que no sabía hasta dónde llegaba mi necesidad), y ello a intervalos irregulares. Durante la primera parte de mis sufrimientos (es decir, habitualmente en Gales, y de manera constante durante mis primeros dos meses en Londres) estuve sin casa, y rara vez dormía bajo un techo. Atribuyo sobre todo al encontrarme constantemente al aire libre el no haber sucumbido a mis tormentos. Posteriormente, sin embargo, cuando hizo más frío y el tiempo fue más inclemente, y cuando, por la duración de mis sufrimientos, comenzaba ya a languidecer, tuve la suerte de que la misma persona a cuya mesa del desayuno tenía acceso me permitiera dormir en una gran casa desocupada de la que él era inquilino. He dicho que estaba desocupada, pues no había en ella ni familia ni negocio; y tampoco mobiliario, excepto una mesa y unas pocas sillas. Pero al tomar posesión de mi nueva residencia descubrí que la casa ya contaba con un residente: una pobre niña sin amigos que aparentaba unos diez años; parecía consumida por el hambre y por esos sufrimientos que a menudo hacen que los

niños parezcan mayores de lo que son. Esa niña desamparada me contó que antes de mi llegada dormía y vivía allí sola, y expresó una gran alegría cuando descubrió que en el futuro le haría compañía en las horas de oscuridad. La casa era amplia, y debido a la ausencia de mobiliario, el ruido de las ratas resonaba de manera prodigiosa en las espaciosas escaleras y vestíbulo; y en medio de los tormentos reales del frío y (me temo) del hambre, la niña desamparada había encontrado tiempo para aumentar aún más su sufrimiento (al parecer) gracias al tormento de los fantasmas que su mente había creado. Le prometí protección contra cualquier fantasma: pero ¡ay!, ésa fue la única ayuda que pude proporcionarle. Dormíamos en el suelo, con un atado de deleznables documentos legales como almohadón, y sin otra cobertura que una especie de capa larga para montar a caballo; sin embargo, descubrimos posteriormente en una buhardilla una especie de funda de sofá, un pequeño trozo de alfombra y fragmentos de otros artículos que ayudaron a calentarnos un poco. La pobre niña se me acercaba en busca de calor y protección contra sus enemigos fantasmales. Cuando no me sentía más enfermo de lo habitual, la rodeaba con mis brazos, de manera que, por lo general, estaba tolerablemente abrigada, y a menudo dormía aunque yo permaneciera insomne: pues durante los dos últimos meses de mis padecimientos dormía mucho durante el día, y era propenso a echar una cabezada a todas horas. Pero el sueño me importunaba más que la vigilia: pues además de lo tempestuoso de mis sueños (que a veces eran casi tan horribles como los producidos por el opio, que tendré que describir posteriormente), mi sueño casi nunca era poco más que un *duermevela*, de tal modo que me oía gemir, y a menudo tenía la impresión de que me despertaba de repente mi propia voz; y, más o menos en esa época, nada más trasponerme comenzaba a acecharme una repugnante sensación que desde entonces he vuelto experimentar en diferentes períodos de mi vida, a saber: una especie de espasmo (no sé dónde, pero al parecer por la región del estómago) que me obligaba a estirar violentamente las piernas para aliviarlo. La sensación me llegaba en cuanto comenzaba a dormir, y el esfuerzo por aliviarla me despertaba constantemente, y al final me dormía de puro agotamiento; y por la creciente debilidad (como he dicho antes) me quedaba constantemente dormido, y me despertaba constantemente. Mientras tanto, el dueño de la casa a veces se presentaba de repente, y muy temprano; otras no aparecía hasta las diez, y a veces nunca. El dueño vivía en constante temor a los alguaciles: había mejorado el plan de Cromwell, pues cada noche dormía en un barrio diferente de Londres; y observé que siempre examinaba a través de una ventanita a todos aquellos que llegaban a la puerta antes de permitir que se les abriera. Desayunaba solo: de hecho, su servicio de té apenas habría permitido invitar a una segunda persona, debido a la escasez de *matériel* comestible, que en su mayor parte era poco más que un panecillo o unas pocas galletas que había comprado al venir desde el lugar donde había dormido. Y si alguna vez hubiera invitado a varias personas, tal como le observé una vez de manera docta y burlona, esas diversas personas tendrían que (aparte de estar *de pie*) haber mantenido una relación de sucesión, tal como afirman los metafísicos, y no de coexistencia; en referencia al tiempo, no al espacio. Durante su desayuno generalmente me inventaba alguna razón para merodear cerca de su mesa; y con el aire más indiferente

que podía asumir, iba recogiendo los fragmentos que él dejaba, aunque a veces no hubiera ninguno. Con ello no cometía ningún robo, como no fuera a ese hombre, que de vez en cuando se veía obligado (creo) a mandar a buscar alguna galleta extra al mediodía; por lo que toca a la pobre niña, el hombre nunca la dejaba entrar en su estudio (si se puede dar ese nombre al principal depósito de pergaminos, documentos legales, etc.); esa habitación era para ella la habitación de Barbazul de la casa, pues el hombre generalmente la cerraba con llave cuando se iba a cenar, a eso de las seis, después de lo cual ya no volvía a presentarse en la casa. Si esa niña era hija ilegítima del señor... o sólo una criada es algo que no averigüé; ella misma no lo sabía, pero desde luego se la trataba como a una sirvienta de escasa categoría. En cuanto el señor... hacía su aparición, ella se iba escaleras abajo, le cepillaba los zapatos, el abrigo, etc.; y salvo cuando la enviaban a algún recado, jamás salía del sombrío Tártaro de las cocinas, etc. al aire de la planta principal hasta que mi esperada llamada a la puerta por la noche la hacía dirigir sus temblorosos pasitos a la puerta principal. No obstante, de su vida durante el día no sabía más que lo que me contaba por la noche; pues en cuanto comenzaban las horas de trabajo, me daba cuenta de que mi ausencia era aceptable; y así era como, por lo general, me marchaba y me sentaba en un parque o donde fuera hasta que caía la noche.

Pero a todo esto, ¿quién era el amo de la casa y a qué se dedicaba? Lector, era uno de esos anómalos profesionales del derecho que ocupan el escalafón más bajo, quienes —¿cómo decirlo?—, por razones de prudencia o de necesidad, no se pueden permitir el lujo de tener una conciencia demasiado escrupulosa (una perífrasis que podría abreviar de manera considerable, pero eso lo dejo al gusto del lector): en muchos aspectos de la vida, la conciencia es una carga más onerosa que una esposa o un carruaje; al igual que la gente habla de «deshacerse» de su carruaje, es de suponer que mi amigo, el señor..., se había deshecho de su conciencia durante un tiempo, sin duda con la intención de recuperarla en cuanto pudiera permitírsela. La economía oculta de la vida cotidiana de un hombre así compondría una imagen de lo más extraña si me permitiera divertir al lector a expensas de ese sujeto. Incluso dentro de mis escasas oportunidades de observación, he presenciado muchas intrigas londinenses y complejas argucias, «ciclo y epiciclo, orbe en orbe», ante las cuales todavía sonrío..., y ante las que sonreía, a pesar de mi miseria. Sin embargo, mi situación en aquella época me permitió experimentar muy poco en carne propia las cualidades del carácter del señor..., aparte de las que le honran, y de su extraño carácter debo olvidarlo todo, con la excepción de que se mostró atento conmigo y, en la medida de sus posibilidades, generoso.

Desde luego, sus posibilidades eran muy escasas; sin embargo, yo tenía en común con las ratas que no había de pagar alquiler; y al igual que el doctor Johnson escribió en una ocasión que sólo una vez en su vida le permitieron comer tanta fruta del árbol como pudo, dejad que me muestre agradecido de haber podido, en una sola ocasión, poder elegir a mis anchas entre las habitaciones de una mansión londinense. Salvo la habitación de Barbazul, que la pobre niña creía embrujada, todas las demás, desde los desvanes hasta los sótanos, estaban a nuestra disposición; «el mundo entero se extendía ante nosotros», y cada noche armábamos nuestra tienda allí donde se nos antojaba. Y he

dicho que la casa era grande; se encontraba en una zona muy visible de una conocida parte de Londres. Muchos de mis lectores pasarán por delante, sin duda, al cabo de unas horas de leer estas líneas. Lo que es yo, nunca dejo de visitarla cuando algún asunto me lleva a Londres; esta misma noche, 15 de agosto de 1821, el día de mi cumpleaños, a eso de las diez, me he desviado de mi paseo nocturno por Oxford Street para ir a verla: ahora la ocupa una familia respetable; y a la luz del salón delantero he observado a la familia reunida, quizá para tomar el té, y aparentemente alegre y animada. Qué maravilloso contraste con la oscuridad, el frío, el silencio y la desolación de esa misma casa hace dieciocho años, cuando sus ocupantes nocturnos eran un erudito famélico y una niña abandonada. A ella, por cierto, intenté seguirle el rastro durante años, pero sin resultado. Aparte de su situación, no era lo que se denominaría una niña interesante; tampoco era guapa, ni despierta, y sus modales tampoco eran especialmente agradables. Pero, ¡gracias a Dios!, ni siquiera en esos años necesité embellecerla con accesorios de novela para prodigarle mi afecto: la sencilla naturaleza humana, en su atavío más humilde y de andar por casa, era bastante para mí, y amé a esa niña porque era mi compañera en la desdicha. Si todavía vive, probablemente será madre, tendrá hijos propios; pero como ya he dicho, nunca conseguí encontrarla.

Es algo que lamento, pero en aquella época había otra persona a la que desde entonces he intentado encontrar con muchísimo más ahínco, y que lamento muchísimo más no haberlo conseguido. Dicha persona era una joven, una de esas desdichadas que subsisten con el salario de la prostitución. No me avergüenza decir, ni tengo razón alguna para ello, que en aquella época trataba con familiaridad y amistad a muchas mujeres de tan desafortunada condición. Que no sonría ni frunza el ceño el lector ante dicha confesión. Pues, aun sin tener que recordar a mis lectores de educación clásica el antiguo proverbio latino «*Sine Cerere*», etc. [«Sin pan y vino se enfría la lujuria»], pueden suponer que con lo vacía que estaba mi bolsa, mi relación con esas mujeres no podía ser impura. Pero lo cierto es que en ningún momento de mi vida he sido una persona que se sintiera contaminada por el tacto o proximidad de ninguna criatura que tuviera forma humana: por el contrario, desde mi más temprana juventud me ha enorgullecido conversar de manera familiar, *more Socratico* [«a la manera socrática»], con todos los seres humanos, hombres, mujeres y niños que el azar ha puesto en mi camino: una práctica que propicia el conocimiento de la naturaleza humana, los buenos sentimientos y la franqueza de trato que tanto convienen a un hombre que aspira a ser tenido por filósofo. Pues un filósofo no debería mirar con los ojos de esa pobre y limitada criatura que se llama a sí misma hombre de mundo, llena de prejuicios estrechos y egoístas de su cuna y educación, sino que debería verse como una criatura católica que se halla en una relación de igualdad con las clases superiores e inferiores, con las personas cultas e ignorantes, los culpables y los inocentes. Como en aquella época tenía que llevar una vida peripatética —era un hombre de la calle, en otras palabras—, era natural que me juntara más a menudo con esas mujeres peripatéticas que técnicamente se denominan mujeres de la calle. Muchas de estas mujeres a veces se habían puesto de mi parte frente a los vigilantes que deseaban expulsarme de las escaleras de las casas donde yo me sentaba. Pero había una entre ellas,

la responsable de que haya sacado a relucir este tema... ¡Pero no! Oh, noble Ann, no dejes que te considere una de esas mujeres. Dejad que encuentre, si es posible, una manera más gentil de designar la condición de esa mujer, a cuya prodigalidad y compasión a la hora de atender mis necesidades cuando todo el mundo me había abandonado debo el poder estar con vida todavía. Durante muchas semanas había caminado por la noche arriba y abajo de Oxford Street con esa pobre chica sin amigos, o me había sentado con ella en alguna escalera y al abrigo de algún pórtico. Debía de ser un poco más joven que yo: de hecho me dijo que todavía no había cumplido los dieciséis. Gracias a las preguntas que mi interés por ella suscitaba, poco a poco fui conociendo su sencilla historia. El suyo era un caso muy corriente (como desde entonces he tenido razón para pensar), y un caso que, si la beneficencia londinense se adaptara mejor a los tiempos que corren, la ley podría proteger y vengar más a menudo. Pero la caridad de Londres fluye por un canal que, aunque profundo y poderoso, es sin embargo silencioso y subterráneo; los pobres indigentes sin casa no pueden acceder a ella de manera fácil ni rápida, y tampoco se puede negar que el aspecto y la estructura externa de la sociedad londinense son desabridos, crueles y repugnantes. En cualquier caso, sin embargo, comprendí que parte de sus perjuicios podrían haberse reparado fácilmente, y a menudo le insistía para que presentara su queja a un magistrado: aunque no tuviera amigos, le aseguré que le dedicarían una atención inmediata, y que la justicia inglesa, ante la cual todos somos iguales, caería rápidamente y con creces sobre el brutal rufián que la había despojado de su pequeña propiedad. A menudo me prometía que lo haría; pero siempre se demoraba a la hora de dar el paso que yo le señalaba de vez en cuando: pues su timidez y abatimiento alcanzaban tal grado que me mostraban hasta qué punto el pesar se había apoderado de su joven corazón: y quizá consideraba con justicia que ni el juez más recto, ni los tribunales más íntegros, podrían hacer nada para reparar ese gravísimo daño. No obstante, algo se podría haber hecho: pues al final acordamos, aunque por desgracia la penúltima vez que iba a verla, que al cabo de un día o dos iríamos juntos ante un magistrado y que yo hablaría en su nombre. Pero el destino había decidido que nunca le prestaría ese pequeño servicio. Mientras tanto, el que ya ella me prestó a mí, y que nunca podré pagarle, fue el siguiente: una noche, mientras caminábamos lentamente por Oxford Street, y tras un día en el que yo me había sentido más enfermo y débil de lo habitual, le pedí que doblara conmigo en dirección a Soho Square: allí nos dirigimos; y nos sentamos en las escaleras de una casa, por la que, hasta el día de hoy, no puedo pasar sin una punzada de dolor y un homenaje en mi fuero interno al espíritu de esa desdichada muchacha, en recuerdo de la noble acción que allí llevó a cabo. De repente, mientras estábamos allí sentados, me sentí mucho peor: tenía la cabeza apoyada contra su pecho; de repente resbalé entre sus brazos y caía hacia atrás sobre los peldaños. Por lo que sentí en ese momento, tuve la más profunda convicción de que sin algún estímulo poderoso y tonificante habría muerto allí mismo..., o al menos habría sucumbido a una debilidad de la que, teniendo en cuenta el desamparo en que me encontraba, nada habría podido sacarme. Fue entonces, en ese momento culminante de mi destino, cuando aquella pobre compañera huérfana —que en este mundo no había

conocido mucho más que agravios— me tendió una mano salvadora. Profirió un grito de terror, y sin demorarse un momento fue corriendo a Oxford Street, y en menos tiempo del que se podría imaginar, regresó con un vaso de Oporto con especias que actuó sobre mi estómago vacío (que en aquel momento habría rechazado cualquier alimento sólido) con un instantáneo poder de recuperación: y aquella chica generosa pagó ese vaso de vino sin chistar, de su humilde bolsa, en una época —¡no hay que olvidarlo!— en que apenas podía satisfacer las necesidades más elementales de la vida, y cuando no tenía ninguna razón para pensar que yo pudiera llegar a reembolsarle el dinero. ¡Oh, mi joven benefactora! ¡Cuántas veces, en años sucesivos, mientras me encontraba en algún lugar solitario y pensaba en ti con pesar en el corazón y un amor absoluto, cuántas veces he deseado que, al igual que en la antigüedad se creía que la maldición de un padre poseía un poder sobrenatural y perseguía a su víctima para cumplirse con fatalidad, del mismo modo la bendición de un corazón rebosante de gratitud pudiera tener una prerrogativa parecida, y desde lo alto le llegara el poder de perseguirte, acecharte, abordarte, encontrarte en la ajetreada oscuridad de un burdel londinense, o (si tal cosa fuera posible) en la oscuridad de la tumba, y despertarte en ella con un auténtico mensaje de paz y perdón, y de reconciliación final!

No lloro a menudo: pues no sólo mis pensamientos sobre temas relacionados con los principales intereses del hombre descienden cada día, o más bien cada hora, a miles de brazas «demasiado profundas para las lágrimas»; no sólo la austeridad de mis reflexiones se muestra antagónica a los sentimientos que suscitan las lágrimas —de los que necesariamente carecen aquellos que, protegidos por su frivolidad de cualquier tendencia al pesar meditativo, serían incapaces de resistir, por esa misma frivolidad, cualquier acometida casual de esos sentimientos—; sino que también creo que todas las mentes que han contemplado esos objetos con la misma profundidad que lo he hecho yo, y a fin de protegerse de un abatimiento absoluto, deben de haber alentado y albergado alguna fe tranquilizadora en las futuras compensaciones y los significados jeroglíficos del sufrimiento humano. Eso es lo que ha mantenido mi buen humor hasta ahora: y, como ya he dicho, no lloro a menudo. Algunos sentimientos, sin embargo, aunque no más profundos ni más apasionados, son más delicados que otros: y a menudo, cuando ahora camino por Oxford Street a la nebulosa luz de las farolas y en un organillo oigo esas tonadillas que años atrás fueron mi solaz y el de mi querida compañera (como siempre debo llamarla), me brotan las lágrimas y medito para mi fuero interno sobre la misteriosa circunstancia que nos separó para siempre de manera tan repentina y crítica. Cómo ocurrió es algo que el lector comprenderá si sigue leyendo el resto de esta introducción.

Poco después del período del último incidente relatado, me encontré en Albermarle Street con un caballero de la casa de su difunta Majestad. Este caballero había recibido en diferentes ocasiones hospitalidad de mi familia: y me abordó en virtud de mi parecido a ella. No intenté disimular: respondí a sus preguntas con franqueza, y tras pedirle que empeñara su palabra de honor en no delatarme ante mis tutores, le di la dirección de mi amigo el abogado. Al día siguiente recibí un billete de diez libras. La carta que lo traía fue entregada con otras cartas comerciales del abogado: pero, aunque su aspecto y

actitud me informaron de que sospechaba cuál era su contenido, me la entregó de manera honorable y sin ningún reparo.

Este regalo, en vista del servicio concreto al que se dedicó, me lleva de manera natural a hablar del propósito que me había dirigido hasta Londres, y que yo había estado *requiriendo* (por utilizar un término legal) desde el primer día de mi llegada a Londres hasta el día de mi partida final.

Quizá sorprenda a los lectores que en un mundo tan vasto como Londres no encontrara una manera de eludir esos extremos de penuria; pensarán que disponía al menos de los recursos, a saber: o pedir ayuda a mis amigos o a mi familia, o dedicar mis talentos y méritos juveniles a conseguir algún emolumento. En cuanto a lo primero, debo observar que, entre todos los males, el que más temía era que mis tutores me reclamaran; no me cabía duda de que habrían utilizado contra mí, y con toda su fuerza, cualquier poder que la ley les otorgara a fin de devolverme por la fuerza a la escuela que había abandonado: y esa devolución habría sido a mis ojos un deshonor, aunque me sometiera a ella de manera voluntaria; y de haberme sometido a ella por la fuerza, despreciando y desafiando mis deseos y esfuerzos por todos conocidos, habría resultado una humillación peor que la muerte, y de hecho su única conclusión habría sido la muerte. Por tanto, procuraba no solicitar ayuda incluso allí donde estaba seguro de recibirla, a riesgo de proporcionarles a mis tutores cualquier pista que pudiera ayudarles a encontrarme. En cuanto a Londres en concreto, aunque sin duda mi padre había tenido muchos amigos en vida, yo (al haber transcurrido ya diez años desde su muerte) recordaba el nombre de muy pocos, y nunca había estado antes en Londres, excepto unas pocas horas, y ni siquiera conocía la dirección de esos pocos. Así pues, muy poco deseaba obtener este tipo de ayuda, en parte por la dificultad, pero mucho más por el inmenso temor que he mencionado. Por lo que se refiere a la otra ayuda, ahora casi me siento inclinado a sumarme al asombro del lector por haberla pasado por alto. Aunque sólo hubiera sido como corrector de pruebas de griego, sin duda habría ganado lo suficiente para mis escasas necesidades. Ese empleo lo habría llevado a cabo con una ejemplar y puntual exactitud que me habría granjeado la confianza de mis superiores. Pero no hay que olvidar que, incluso para un empleo como ése, era necesario que me presentaran algún editor respetable, algo que no tenía manera de conseguir. A decir verdad, sin embargo, jamás se me ocurrió considerar las labores literarias como fuente de ingresos. La única manera lo bastante rápida de conseguir dinero que se me ocurrió fue pedirlo prestado a cuenta de mis futuros derechos y expectativas. Fue algo que intenté por todos los medios a mi alcance, y entre otras personas me dirigí a un judío llamado D...[\[4\]](#)

A ese judío, y a otros prestamistas que se anunciaban (creo que algunos también eran judíos), me presenté explicándoles mis expectativas; y ellos, al examinar el testamento de mi padre en Doctor's Commons, comprobaron que eran correctas. La persona que allí se mencionaba como hijo segundo de... poseía todos los derechos (y más aún) que yo había declarado: pero quedaba pendiente una pregunta, que las caras de aquellos judíos sugerían de manera bastante significativa: ¿Era yo esa persona? Nunca se me había ocurrido que pudiera suscitarse esa duda: había temido, más bien, cada vez que mis

amigos judíos me estudiaban atentamente, que estuvieran demasiado seguros de que yo era esa persona y se les ocurriera algún plan para tenderme una trampa y venderme a mis guardianes. Se me hacía extraño que acusaran a mi persona considerada *materialiter* [«materialmente»] (así lo expresaba yo, ya que tanto me encantaba la exactitud lógica de las distinciones) de falsificar mi persona considerada *formaliter* [«formalmente»], o que cuando menos lo sospecharan. No obstante, para satisfacer sus escrúpulos, obré de la única manera posible. Mientras me encontraba en Gales había recibido diversas cartas de jóvenes amigos: las enseñé, pues las llevaba constantemente encima, ya que en aquella época eran casi los únicos vestigios de mis posesiones personales (exceptuando las ropas que llevaba) de los que no me había deshecho de una manera u otra. Casi todas esas cartas las había remitido el conde de..., que en aquella época era mi principal (o más bien único) amigo íntimo. Las cartas procedían de Eton. También poseía alguna del marqués de..., su padre, quien, aunque dedicado a actividades agrícolas, pero habiendo sido también etoniano, y tan buen erudito como puede ser un noble, seguía conservando su amor por los estudios de Clásicas y por los jóvenes estudiosos. Por ese motivo, desde que yo cumpliera los quince años, había mantenido correspondencia conmigo, en la que a veces comentaba las grandes mejoras que había realizado, o proyectaba realizar, en los condados de M... y Sl..., pues yo los había visitado; en otras comentaba los méritos de algún poeta latino; y en otras me sugería temas sobre los que deseaba que yo escribiera versos.

Al leer las cartas, uno de mis amigos judíos consintió en entregarme doscientas o trescientas libras contra mi garantía personal, siempre y cuando pudiera convencer al joven conde, el cual, por cierto, no era mayor que yo, para que garantizara el pago cuando llegáramos a la mayoría de edad. Ahora imagino que la finalidad última del judío no era el insignificante beneficio que pudiera obtener gracias a mí, sino la perspectiva de establecer relaciones con mi noble amigo, cuyo magnífico futuro conocía perfectamente. Con este motivo en mente, el judío me mandó las diez libras, y unos ocho o nueve días después de recibirlas me dispuse a dirigirme a Eton. De ese dinero, casi tres libras tuve que dárselas a mi amigo el prestamista, pues alegó que había que comprar sellos para que pudieran preparar las escrituras mientras yo me ausentaba de Londres. En el fondo sabía que mentía, pero no deseaba que tuviera ninguna excusa para echarme la culpa de su demora. A mi amigo el abogado (que era el abogado de los prestamistas) le entregué una suma más pequeña, a la que sin duda tenía derecho por sus aposentos sin amueblar. Utilicé unos quince chelines en renovar (aunque de una manera muy modesta) mi vestuario. Del resto le entregué una cuarta parte a Ann, con la intención de dividir lo que quedara a partes iguales a mi regreso. Una vez cumplimentado todo ello, poco después de las seis de una oscura tarde de invierno, me puse en marcha rumbo a Piccadilly acompañado de Ann, pues era mi intención llegar hasta Salt-hill en el correo de Bath o Bristol. Recorrimos una parte de la ciudad que ahora ha desaparecido por completo, de manera que ya no puedo revivir sus antiguos límites: Swallow Street, creo que se llamaba. Como teníamos tiempo de sobra, nos desviamos hacia la izquierda hasta llegar a Golden Square, donde nos sentamos cerca de la esquina de Sherrard Street, pues no

deseábamos despedirnos en medio del tumulto y las luces de Piccadilly. Ya le había explicado mis planes anteriormente, y entonces le aseguré de nuevo que compartiría mi buena suerte, si es que llegaba a tenerla, que nunca la abandonaría y que la protegería en cuanto pudiera. Ésa era mi intención, y mi inclinación por un sentido del deber, pues aparte de la gratitud, que en cualquier caso me había hecho contraer con ella una deuda de por vida, la amaba con el mismo afecto que si fuera una hermana, y en aquel momento con una ternura que la compasión multiplicaba por siete al observar su extremo abatimiento. Hubiera dicho que era yo quien tenía más razón para estar abatido, pues abandonaba a la persona que había salvado mi vida: sin embargo, al considerar los estragos que habría sufrido mi salud, me sentía animado y lleno de esperanza. Ella, por el contrario, al separarse de alguien que poco había podido ayudarla, como no fuera con amabilidad y un tratamiento fraternal, se sentía abrumada por el pesar; y así, cuando la besé en nuestra despedida final, me echó los brazos por el cuello y lloró sin pronunciar palabra. Yo esperaba regresar en una semana a lo más tardar, y acordé con ella que al cabo de cinco noches a partir de ésa, y cada noche posteriormente, me esperaría a las seis cerca del final de Great Titchfield Street, que había sido el refugio habitual, por así decir, de nuestros encuentros, para evitar perdernos en el inmenso Mediterráneo de Oxford Street. Tomé esta y otras precauciones: sólo me olvidé una. Ella nunca me había dicho su apellido, o quizá (como no era un asunto de gran interés) yo lo había olvidado. Es costumbre, de hecho, en muchachas de clase humilde y en su desdichada situación no hacerse llamar *señorita Douglas*, *señorita Montague*, etc. (como hacen las mujeres que leen novelas y tienen más pretensiones), sino simplemente por su nombre de pila: *Mary*, *Jean*, *Frances*, etc. Ahora me doy cuenta de que debería haberle pedido su apellido, pues era la manera más segura de poder localizarla posteriormente: pero lo cierto es que, como no había razones para pensar que nuestro próximo encuentro, después de una separación tan breve, resultara más difícil o incierto de lo que había sido durante tantas semanas, no se me ocurrió ni por un momento que resultara necesario, ni pensé que fuera algo a recordar en nuestra última entrevista: y al final me preocupé en darle esperanzas y en insistir en la necesidad de que comprara algunos medicamentos para una fuerte tos y una ronquera que le molestaba, y me olvidé por completo del tema de su apellido hasta que ya fue demasiado tarde.

Eran más de las ocho cuando llegué al café Gloucester: encontré el correo de Bristol a punto de partir y me monté en el exterior. El movimiento suave y fluido del correo[5] pronto me adormeció: resulta de algún modo extraordinario que el primer sueño tranquilo o reparador del que había disfrutado durante meses tuviera lugar en el exterior de un coche correo, una cama que, a día de hoy, me parece bastante incómoda. En relación con este sueño tuvo lugar un pequeño incidente que me sirvió, igual que otros muchos de esa época, para convencerme de lo fácil que es que un hombre que nunca ha conocido ninguna aflicción pase por la vida sin conocer, en su propia persona al menos, la posible bondad del corazón humano... y también, debo añadir con un suspiro, su posible vileza. Tan grueso es el telón que los *modales* corren sobre los rasgos y la expresión de la *naturaleza* de los hombres que, para el observador corriente, los dos

extremos, y el campo infinito de variedades que hay entre ellos, se confunden, y el vasto y poblado intervalo de sus diversas armonías queda reducido al simple esbozo de diferencias expresadas en la gama o alfabeto de los sonidos elementales. El caso fue el siguiente: durante las primeras cuatro o cinco millas después de salir de Londres, molesté a mi acompañante en el techo chocando repetidamente contra él cuando el carruaje daba un bandazo hacia su lado; y de hecho, de no haber sido la carretera tan lisa y nivelada, me habría caído por culpa de mi debilidad. Mi acompañante se quejó sin moderarse de la molestia, como quizá haría casi todo el mundo en las mismas circunstancias; no obstante, expresó su queja de manera más malhumorada de lo que la situación parecía merecer; y si me hubiera separado de él en ese momento, habría pensado que se trataba (de haberlo considerado digno de dedicarle algún pensamiento) de un sujeto grosero y casi brutal. Era consciente de que le había dado motivo de queja, y por tanto, me disculpé y le aseguré que haría lo que pudiera para evitar quedarme dormido; y al mismo tiempo, con las menos palabras posibles, le expliqué que me encontraba enfermo y muy débil, producto de una larga dolencia, y que no había podido permitirme comprar un asiento en el interior. Tras oír esa explicación, la actitud del hombre cambió al instante, y la siguiente vez que me desperté con el ruido de las luces de Hounslow (pues a pesar de mis deseos y esfuerzos me había vuelto a quedar dormido al cabo de dos minutos de hablar con él) descubrí que me había rodeado con el brazo para impedir que me cayera, y durante el resto del trayecto se comportó conmigo con la gentileza de una mujer, de manera que, al final, dormí casi en sus brazos: fue algo muy amable, pues él no tenía manera de saber que yo no pensaba hacer todo el trayecto hasta Bath o Bristol. Por desgracia, lo cierto es que fui más lejos de lo que pretendía: pues aquel sueño fue tan agradable y reparador que la siguiente vez que me desperté, después de pasar por Hounslow, fue al detenernos de manera brusca (posiblemente en una oficina de correos); al preguntar descubrí que habíamos llegado a Maidenhead, seis o siete millas, creo, después de Salt-hill. Allí me apeé, y durante el medio minuto que el correo permaneció detenido, mi amable compañero (el cual, a partir de la mirada fugaz que le había dirigido en Piccadilly, me pareció ser mayordomo de algún caballero o de una persona de ese rango) me suplicó encarecidamente que me fuera a la cama sin demora. Se lo prometí, aunque sin intención de hacerlo: de hecho, inmediatamente me puse en marcha (por donde había venido) a pie. Debía de ser casi medianoche, pero yo avanzaba tan lentamente que oí cómo el reloj de una granja daba las cuatro antes de llegar al sendero que iba de Slough a Eton. El aire libre y el sueño me habían restablecido, pero seguía estando muy débil. Recuerdo un pensamiento (bastante evidente, y que ha sido hermosamente expresado por un poeta romano) que me ofreció cierto consuelo en ese momento de pobreza. Cierta vez antes se había cometido un asesinato en o cerca del parque de Hounslow. Creo que no me equivoco si afirmo que el nombre de la persona asesinada era *Steele*, y que era propietario de una plantación de lavanda en los alrededores. A cada paso me acercaba más al parque, y naturalmente se me ocurrió que, si el execrable asesino rondaba por ahí aquella noche, a lo mejor nos estábamos acercando el uno al otro en la oscuridad sin saberlo, en cuyo caso, me dije, suponiendo

que en lugar de ser (como de hecho soy) poco más que un paria,

Señor de mi saber, carente de tierras,

fuera, al igual que mi amigo lord..., heredero, según decían todos, de una renta de 70.000 libras al año, ¡menudo pánico debería haber sentido en ese momento por mi garganta! Pero lo cierto es que no era probable que lord... acabara encontrándose jamás en mi situación. Sin embargo, el espíritu de ese comentario sigue siendo cierto: el disponer de un gran poder y posesiones hace que un hombre se sienta vergonzosamente temeroso de morir, y estoy convencido de que muchos de los aventureros más intrépidos, los cuales, en virtud de ser pobres, disfrutaban de la plenitud de su valor natural, si en el mismo instante de entrar en acción les llegara la noticia de que han heredado una propiedad en Inglaterra que les reporta 50.000 libras al año, verían considerablemente aumentada su aversión por las balas[6], y, de manera proporcional, les costaría mucho más mostrarse perfectamente serenos e imperturbables. De manera que es cierto, tal como lo expresó un sabio cuya experiencia le hizo conocer las dos caras de la fortuna, que las riquezas consiguen más

Embotar la virtud y moderarla
que tentarla a emprender una acción de mérito.

El paraíso recobrado

Me demoro en este tema porque, para mí, el recuerdo de esos días resulta profundamente interesado. Pero el lector no ha de tener más motivo de queja, pues ahora me apresuro a terminar. En el camino entre Slough y Eton me quedé dormido, y justo cuando comenzaba a despuntar el alba, me despertó la voz de un hombre que me observaba de pie a mi lado. No sé qué era, pero no daba buena impresión, lo que tampoco tenía por qué significar que sus intenciones fueran malas; y si lo eran, supongo que se dijo que ninguna persona que se ve obligada a dormir a la intemperie en invierno debía de poseer nada digno de robarle. Sin embargo, si ésa fue su conclusión, me permito señalarle, si se cuenta entre mis lectores, que se equivocaba. Tras un escueto comentario siguió adelante, y no lamenté que me hubiera despertado, pues eso me permitió cruzar Eton antes de que la mayoría de la gente se levantara. Toda la noche había amenazado lluvia, pero hacia la mañana heló un poco, y el suelo y los árboles estaban cubiertos de escarcha. Crucé Eton sin que nadie se fijara en mí; me lavé y me arreglé la ropa (en la medida de lo posible) en una taberna de Windsor; y a eso de las ocho me dirigí hacia Pote's. Por el camino me encontré con algunos colegas a los que solicité cierta información: un etoniano es siempre un caballero, y a pesar de mis ropas raídas, me contestaron educadamente. Mi amigo, lord..., se había ido a la Universidad de... «Ibi omnis effusus labor!» [«¡Todo ese esfuerzo para nada!»] De todos modos, tenía otros amigos en Eton: pero, en momentos de zozobra, uno tampoco se presenta a todos aquellos que como tales consideraba en épocas de prosperidad. Tras pensármelo, pregunté por el conde de D..., ante quien (a pesar de no conocerlo de manera tan íntima

como a los demás) no me habría avergonzado presentarme en aquellas circunstancias. Seguía en Eton, aunque yo lo hacía rumbo a Cambridge. Me presenté, me recibieron amablemente y me invitaron a desayunar.

Permítame el lector detenerme aquí un momento para impedir que saque ninguna conclusión errónea: porque haya tenido ocasión de hablar de pasada de algunos amigos patricios, no quiero que se suponga que tengo pretensiones de nobleza o de sangre ilustre. Gracias a Dios que no es así: soy hijo de un sencillo comerciante inglés, apreciado durante su vida por su enorme integridad, y muy aficionado a la literatura (de hecho escribió algún libro, aunque de manera anónima); de haber vivido más años, probablemente habría llegado a ser muy rico, pero como murió prematuramente no dejó más de unas 30.000 libras entre siete reclamantes distintos. Me honra mencionar que el talento de mi madre era aún mayor. Pues aunque jamás pretendió que se la considerara ni se la honrara como mujer *de letras*, me atrevo a llamarla una mujer *intelectual* (cosa que no son muchas mujeres de letras): y creo que si alguna vez se compilaran y publicaran sus cartas, se considerarían una muestra de poderoso y masculino sentido común, escritas en un inglés tan puro, vivo y fresco en virtud de su gracia idiomática como las de cualquier otra mujer en nuestro idioma, a excepción quizá de las de M. W. Montague. Es una ascendencia que me honra: no tengo otra, y le he dado gracias a Dios sinceramente de no tenerla, pues, en mi opinión, una posición que eleva a un hombre de manera demasiado eminente sobre sus semejantes no resulta lo más favorable para sus cualidades morales o intelectuales.

Lord D... me hizo servir un desayuno espléndido. Tanto lo fue que ante mis ojos parecía triple de espléndido, pues era la primera comida completa, la primera «mesa en la que no faltaba nada» a la que me sentaba en meses. No obstante, puede que resulte extraño afirmar que apenas probé nada. El día en que recibí mis diez libras me compré un par de bollos en una panadería: la misma tienda que dos meses o seis semanas antes había contemplado con un apetito tan intenso que casi me resulta humillante evocarlo. Recordé la historia de Otway^[7], y temí que fuera peligroso comer demasiado rápido. Pero me habían alarmado sin motivo: casi no tenía apetito, y me entraron náuseas antes de comenzar la mitad de lo que me había comprado. Durante semanas, cada vez que tomaba algo que se parecía a una comida, experimentaba el mismo efecto: y cuando no sentía náuseas, rechazaba parte de lo que comía, a veces con acidez, y otras de inmediato y sin acidez. En aquel momento, sentado a la mesa de lord D..., no me sentía mejor de lo habitual, y en medio de todos aquellos manjares, no tenía hambre. Por desgracia, siempre sentí un gran apetito por el vino; le expliqué la situación a lord D...: expresó una gran compasión y pidió que trajeran vino. Aquello me proporcionó un alivio y un placer momentáneos, y siempre que tenía oportunidad procuraba beber vino, que entonces veneraba tanto como desde entonces he venerado el opio. No obstante, estoy convencido de que esa afición al vino contribuyó a empeorar mi enfermedad, pues aunque mi tono estomacal era muy bajo, un mejor régimen quizá lo habría revivido antes y de manera probablemente eficaz. Espero que no fuera el amor al vino lo que me hizo permanecer en la compañía de mis amigos de Eton: *entonces* me convencí de que se

debía a mi renuencia a pedirle a lord D... el favor concreto que me había llevado a Eton, pues era consciente de que no tenía derecho a pedirselo. De todos modos, como no quería desperdiciar el viaje, finalmente se lo solicité. Lord D..., que me había acogido con una bondad sin límites, por la compasión que le inspiraba mi estado y sabiendo que yo era íntimo amigo de algunos de sus parientes, más que por una rigurosa indagación de hasta dónde llegaban mis derechos directos, titubeó ante esa petición. Reconoció que no le gustaba tratar con prestamistas, y temía que esa transacción pudiera llegar a oídos de sus parientes. Además, dudaba de que su firma, de la que no se podía esperar tanto como de la de..., fuera suficiente para mis amigos no bautizados. Sin embargo, al parecer no deseaba mortificarme con una negativa rotunda, y después de cierta consideración me prometió, tras detallar ciertas condiciones, darme su garantía. En aquella época lord D... tenía dieciocho años, pero a menudo me he planteado, al recordar desde entonces el buen juicio y la prudencia que en esa ocasión supo combinar con una inmensa amabilidad en el trato (una amabilidad que en él llevaba la gracia de la sinceridad juvenil), si cualquier estadista —el más anciano y más experto en diplomacia— se habría desenvuelto mejor en esas circunstancias. De hecho, la mayoría de la gente, al presentársele un caso así, te dirigiría una mirada tan severa y poco prometedora como una de esas cabezas de sarraceno que encontramos en la puerta de las posadas.

Reconfortado por esa promesa, que no era exactamente lo mejor que había imaginado, pero ni mucho menos lo peor, regresé en coche de Windsor a Londres tres días después de haberme marchado. Y ahora llego al final de mi relato: los judíos no aprobaron las condiciones de lord D...; si al final habrían accedido a ellas, o sólo pretendían ganar tiempo para llevar a cabo las correspondientes averiguaciones, lo ignoro; pero hubo muchas demoras, pasó el tiempo, los pequeños fragmentos de mi billete de banco acabaron por disolverse, y antes de que llegara a concluirse ningún acuerdo, ya había regresado a mi anterior estado de miseria. Pero de repente, durante esa crisis, casi por accidente, surgió la posibilidad de reconciliarme con mis amigos. Me fui de Londres a toda prisa en dirección a una remota zona de Inglaterra: al cabo de un tiempo entré en la universidad; y no fue hasta transcurridos muchos meses cuando tuve la oportunidad de volver a visitar los lugares que tan importantes habían sido para mí, y lo siguen siendo hasta el día de hoy, pues fueron el principal escenario de mis sufrimientos juveniles.

Mientras tanto, ¿qué habría sido de la pobre Ann? Para ella he reservado mis palabras finales: siguiendo nuestro acuerdo, fui a buscarla cada día, y la esperé cada noche en la esquina de Titchfield Street mientras duró mi estancia en Londres. Pregunté por ella a todos los que podían conocerla, y durante las últimas horas de mi estancia en Londres hice todo cuanto me permitieron mi conocimiento de la ciudad y mis limitadas posibilidades para encontrarla. Sabía en qué calle vivía, pero no en qué casa; y al final recordé que me había relatado los malos tratos que le dispensaba su casero, por lo que cabía la posibilidad de que hubiera abandonado ese alojamiento. Tenía pocos conocidos; además, casi todo el mundo, al saber los motivos de mi enconada búsqueda, se echaba a reír, o me miraba con menosprecio; y otros, pensando que iba en pos de una muchacha que me había robado alguna nimiedad, mostraban, de manera natural y excusable, poca

inclinación a darme alguna pista, si es que, de hecho, sabían algo de su paradero. Finalmente, como recurso desesperado, el día que marchaba de Londres le entregué a la única persona que (estaba seguro) debía de conocer a Ann de vista, pues habíamos coincidido los tres una o dos veces, las señas de ..., en ...shire, en aquella época la residencia de mi familia. Pero hasta día de hoy no he sabido ni una sílaba de ella, algo que, entre los muchos pesares con que se encuentran casi todos los hombres en esta vida, ha supuesto mi principal aflicción. De haber estado con vida Ann, sin duda nos habríamos buscado el uno al otro, en ese mismo momento, a través de los vastos laberintos de Londres; quizá incluso estuvimos a pocos metros del otro, ¡una barrera que, en una calle de Londres, a menudo equivale a una separación por toda la eternidad! Durante algunos años mantuve la esperanza de que viviera; supongo que, en el uso literal y nada retórico de la palabra *miriada*, en mis diferentes visitas a Londres puede que haya escrutado muchas miríadas de caras femeninas con la esperanza de encontrarla. La distinguiría entre miles de personas sólo con que la viera un instante, pues, aunque no era guapa, su semblante mostraba una dulce expresión y su cabeza tenía una presencia peculiar y llena de gracia. La busqué, ya lo he dicho, con esperanza. Así fue durante años, pero ahora me daría miedo verla, y su tos, que tanto me apenó al separarme de ella, es ahora mi consuelo. Ahora ya no deseo verla; prefiero pensar en ella como alguien que desde hace ya tiempo yace en su tumba; en la tumba, espero, de una Magdalena desaparecida antes de que el daño y la crueldad borrarán y transfiguraran su cándida naturaleza, o la brutalidad de unos rufianes rematara la ruina que habían empezado.

Parte II

¡Ah, Oxford Street, madrastra de corazón de piedra! Tú que escuchas los suspiros de los huérfanos y bebes las lágrimas de los niños, al final me rechazaste: llegó el momento en que dejé de recorrer angustiado tus interminables casas adosadas; ya no soñaría ni despertaría en la cautividad de las punzadas del hambre. Sin duda, demasiados han sido los que nos han sucedido a mí y a Ann a la hora de seguir nuestras huellas: herederos de nuestras calamidades; otros huérfanos han suspirado además de Ann; otros niños han derramado lágrimas; y tú, Oxford Street, desde entonces sin duda te has hecho eco del lamento de innumerables corazones. A mí, sin embargo, la tormenta a la que había sobrevivido me parecía la promesa de un prolongado buen tiempo; los prematuros sufrimientos que había pagado como precio de una larga inmunidad al dolor habían sido aceptados como rescate para abundantes años venideros: y si volvía a caminar por Londres (como hacía a menudo), ahora era un hombre solitario y contemplativo, casi siempre con una mente serena y en paz. Y aunque es cierto que las calamidades de mi noviciado en Londres habían arraigado muy profundamente en mi constitución física, hasta el punto de que posteriormente volvieron a brotar y florecer, proyectando un follaje nocivo que ha ensombrecido y oscurecido mis últimos años, sin embargo esos segundos asaltos de sufrimiento los recibí con una fortaleza más asentada, con los recursos de un

intelecto más maduro y con el alivio de quienes me mostraron un afecto comprensivo, profundo y tierno.

No obstante, a pesar de sus alivios, esos años tan distantes quedaron unidos por sutiles vínculos de sufrimiento derivados de una raíz común. Y quiero poner aquí un ejemplo de la cortedad de miras de los deseos humanos: a menudo, en las noches de luna, durante mi primera y triste estancia en Londres, era mi consuelo (si se le puede llamar así) observar desde un extremo de Oxford Street todas las avenidas que en sucesión atraviesan el corazón de Marylebone hasta llegar a los campos y los bosques; pues *eso*, me decía, recorriendo con la mirada hasta las largas panorámicas que quedaban en parte en sombras y en parte iluminadas, «*eso* es el camino hacia el norte, y por tanto hacia..., y si tuviera las alas de una paloma, hacia *allí* volaría en busca de consuelo». Eso me decía, y eso deseaba, en mi ceguera; sin embargo, incluso en esa mismísima región, incluso en ese mismísimo valle, incluso en esa mismísima casa hacia la que apuntaban mis deseos erróneos, fue donde mis sufrimientos comenzaron por segunda vez y amenazaron con sitiar la ciudad de mi vida y mi esperanza. Fue allí donde durante años me persiguieron visiones tan espantosas y fantasmas tan horrendos como los que acecharon el lecho de Orestes; y fui más desdichado que él, pues el sueño, que a todos llega como descanso y alivio, y sobre todo como un bienaventurado[8] bálsamo para su corazón herido y su cerebro alucinado, era para mí el azote más amargo. Así de ciego estaba en mis deseos; no obstante, si un velo se interpone entre la visión borrosa de un hombre y sus futuras calamidades, el mismo velo le oculta lo que podría aliviarlas; y un pesar que no se había temido encuentra consuelos que no se habían esperado. Y por tanto, yo, que había compartido las tribulaciones de Orestes (exceptuando tan sólo su agitada conciencia), compartía también lo que le sostenía: mis Euménides, al igual que las tuyas, estaban a los pies de mi cama y me contemplaban a través de las cortinas; pero, observando junto a mi almohada, privándose del sueño para hacerme compañía a través de las severas vigiliass de la noche, se sentaba mi Electra; ¡pues tú, querida M., querida compañera de mis últimos años, fuiste mi Electra! Y no permitiste que una hermana griega superara a una esposa inglesa en nobleza de mente ni en abnegado afecto. Pues no te importó rebajarte a los humildes desempeños de la amabilidad y a los serviles[9] cuidados del más tierno cariño, ni limpiar durante años el malsano rocío de mi frente, ni refrescar los labios que se resecaaban y ardían de fiebre; ni incluso cuando tu propio pacífico sueño se contagió, mediante una prolongada simpatía, del espectáculo de mi terrible lucha con fantasmas y sombras enemigas que a menudo me ordenaban «¡No duermas más!»; ni siquiera entonces salió de tus labios una queja ni un murmullo, ni apartaste tu sonrisa angélica, ni me retiraste tu amor más de lo que hizo Electra en la antigüedad. Pues también ella, aunque era una mujer griega, hija del rey de los hombres[10], lloraba a veces y se tapaba la cara[11] con la túnica.

Pero esas tribulaciones pertenecen al pasado: y leerás el relato de un período tan doloroso para los dos como la leyenda de algún espantoso sueño que ya no volverá. Mientras tanto, vuelvo a estar en Londres: y de nuevo recorro las hileras de casas de Oxford Street por la noche: y a menudo, cuando me oprimen las angustias que sólo

puedo resistir con toda mi filosofía y el consuelo de tu presencia, y en las noches de luna recuerdo que estoy separado de ti por trescientas millas y tres meses sombríos, levanto la mirada hacia las calles que salen de Oxford Street rumbo al norte, y evoco mis juveniles exclamaciones de angustia; y al recordar que estás sentada a solas en ese mismo valle, y eres la dueña de esa misma casa hacia la cual mi corazón se volvió en su ceguera hace diecinueve años, pienso que los impulsos de mi corazón, aunque últimamente ciegos y desperdigados a los vientos, se remiten a un tiempo más remoto, y quizá esté justificado ver en ellos otro sentido, y si se me permitiera regresar otra vez a los impotentes deseos de la infancia, me diría otra vez, igual que cuando miraba hacia el norte: «Oh, si tuviera las alas de una paloma...», y con una gran confianza en tu naturaleza bondadosa y gentil podría añadir la otra mitad de mis exclamaciones de aquel tiempo: «Hacia *allí* volaría en busca de consuelo».

Los placeres del opio

Hace ya tanto tiempo que probé por primera vez el opio que, de haber supuesto un incidente insignificante en mi vida, habría olvidado la fecha: los acontecimientos capitales no se olvidan; y a partir de las circunstancias relacionadas con ese asunto, recuerdo que debía tratarse del otoño de 1804. En aquella época me encontraba en Londres, pues había venido por primera vez desde mi ingreso en la universidad. Mi introducción al opio surgió de la siguiente manera. Desde muy temprana edad estoy acostumbrado a lavarme la cabeza con agua fría al menos una vez al día: una vez que experimenté un repentino dolor de muelas, lo atribuí a una relajación provocada por la interrupción accidental de esa práctica; salté de la cama; hundí la cabeza en una palangana de agua fría, y con el pelo así mojado me fui a dormir. No hace falta explicar que a la mañana siguiente me desperté con unos atroces dolores reumáticos en la cabeza y la cara, que casi no me dieron descanso durante veinte días. Creo que fue el día veintiuno, que caía en domingo, cuando salí a la calle, sin más propósito claro que el de huir, si fuera posible, de mis tormentos. Me topé por accidente con un conocido de la universidad que me recomendó el opio. ¡Opio! ¡El temido agente de placeres y dolores inimaginables! Había oído hablar de él como de un maná o una ambrosía, pero nada más: ¡qué poco me decía entonces su nombre! ¡Qué solemnes acordes pulsa ahora en mi corazón! Al evocar por un momento esa época, atribuyo una importancia mística a las circunstancias más nimias relacionadas con el lugar y el momento y al hombre (si es que era un hombre) que me abrió por primera vez el Paraíso de los Comedores de Opio. Era un domingo por la tarde, lluvioso y tristón: y no hay espectáculo más aburrido en este mundo que un domingo lluvioso en Londres. Para volver a casa tenía que cruzar Oxford Street, y cerca del «majestuoso Panteón» (tal como lo ha llamado amablemente el señor Wordsworth), vi una botica. El boticario —¡inconsciente administrador de celestiales placeres!—, como para no desentonar con el lluvioso domingo, tenía un aspecto aburrido y estúpido, todo lo que se podría esperar de un boticario mortal en un domingo: y cuando

le pedí la tintura de opio, me la entregó como habría hecho cualquier otro: y además, del chelín que le entregué me dio como cambio lo que pareció un auténtico medio penique de cobre, extraído de un auténtico cajón de madera. Sin embargo, a pesar de tales indicios de humanidad, desde entonces ha existido en mi mente como la beatífica visión de un boticario inmortal, enviado a la tierra con una misión especial y exclusiva para mí. Y la circunstancia que confirma mi manera particular de verlo es que la siguiente vez que fui a Londres y lo busqué cerca del majestuoso Panteón, no lo encontré: y así fue como yo, que no sabía su nombre (si es que tenía), tuve la impresión de que, más que haber desaparecido de manera material, se había esfumado de Oxford Street. El lector quizá pueda considerarlo un simple boticario sublunar, y es posible que sea así: pero prefiero mi creencia. Creo que se evanesció[\[12\]](#), o se evaporó. Tan poco dispuesto estoy a atribuirle ningún recuerdo mortal a esa hora, ese lugar y a esa criatura que me dio a conocer esa droga celestial.

Al llegar a mi alojamiento, como es de suponer, no perdí un momento a la hora de tomar la cantidad prescrita. Yo no sabía nada del arte y el misterio de la ingesta del opio: y lo que tomé, lo tomé con todas las desventajas. Pero lo tomé: y al cabo de una hora, ¡oh, cielos! ¡Menuda mejoría! ¡Menuda elevación del espíritu desde las profundidades más hondas! Que mi dolor hubiera desaparecido ahora era para mí una nimiedad: ese efecto negativo quedaba absorbido por la inmensidad de los efectos positivos que se abrían ante mí, en el abismo del goce divino repentinamente revelado. Ahí había una panacea: una φάρμακον νηπενθές [«droga que mitiga el pesar»] para todas las aficiones humanas: ahí estaba, descubierto de repente, el secreto de la felicidad, acerca del cual los filósofos habían debatido durante años: la felicidad ahora podía comprarse por un penique y llevarse en el bolsillo del chaleco: se podían conseguir éxtasis portátiles tan sólo descorchando una botella de medio litro: y la paz de espíritu podía transportarse en galones por el coche correo. Pero si hablo así, el lector pensará que me lo tomo a risa: y le puedo asegurar que nadie que trate con el opio reirá durante mucho tiempo: sus placeres poseen un semblante grave y solemne; y en su estado de máxima dicha, el comedor de opio nunca se presenta bajo el aspecto de *l'Allegro*: incluso entonces, habla y piensa a la manera de *Il Penseroso*. Sin embargo, a veces, en medio de mi desdicha, me pongo a bromear de una manera muy reprehensible, y a no ser que me refrenen sentimientos más poderosos, me temo que soy culpable de esa práctica indecente incluso en esos anales de sufrimiento o dicha. En este aspecto, el lector debe ser indulgente con mi debilidad de carácter, y contando con su tolerancia procuraré ser todo lo grave, si no soporífero, como corresponde al tema del opio, tan poco alegre como realmente es y tan soporífero como falsamente se le considera.

En primer lugar, quiero referirme a sus efectos físicos, pues en relación a todo lo que se ha escrito hasta ahora sobre el tema del opio, ya sea por viajeros que han estado en Turquía (que podrían defender su privilegio de mentir como un antiguo derecho inmemorial), o por profesores de medicina que escriben *ex cátedra* [«en tono magistral»], he de hacer una enérgica crítica: ¡mentiras!, ¡mentiras!, ¡mentiras! Recuerdo que en una ocasión, al pasar por delante de un puesto de libros, leí las siguientes palabras

en algún autor satírico: «Hoy en día estoy convencido de que los periódicos londinenses dicen la verdad al menos dos veces por semana: a saber, los martes y los sábados, y no hay por qué ponerlo en duda: se trata de la lista de quiebras». De manera parecida, en modo alguno niego que se hayan dicho algunas verdades al mundo en relación al opio: así, los más doctos han afirmado repetidamente que el opio es de un color marrón oscuro; y eso, fijaos, os lo concedo; en segundo lugar, que es bastante caro, cosa que también concedo: pues en mi época, el opio de las Indias Orientales costaba tres guineas la libra, y el turco, ocho; y en tercer lugar, que si tomas mucha cantidad te ocurre algo que resulta especialmente desagradable para cualquier hombre de hábitos regulares, a saber, que mueres^[13]. Estas importantes proposiciones son ciertas, todas y cada una de ellas: no puedo refutarlas: y la verdad siempre ha sido y será encomiable. Pero en estos tres teoremas creo que hemos agotado todo el saber que hasta ahora han acumulado los hombres sobre el tema del opio. Y por tanto, respetables doctores, como parece que hay sitio para nuevos descubrimientos, haceos a un lado y permitidme que os dé una charla sobre el tema.

En primer lugar, todos aquellos que mencionan el opio, ya sea de manera formal o incidental, más que afirmar, dan por sentado que produce embriaguez. Ahora bien, lector te aseguro, *meo periculo* [«bajo mi propia responsabilidad»] que ninguna cantidad de opio ha embriagado nunca ni puede hacerlo. Por lo que se refiere a la tintura de opio (comúnmente conocida como láudano) sin duda es capaz de embriagar si un hombre tolera tomar una cantidad suficiente; pero ¿por qué? Por su graduación alcohólica, más que por la cantidad de opio que contiene. Pero el opio puro, afirmo de manera perentoria, es incapaz de producir ningún estado de embriaguez parecido al del alcohol; y no de una manera *cuantitativa*, sino *cualitativa*: no difieren completamente en el cuánto, sino en el cómo. El placer que proporciona el vino depende siempre de que aumentemos la cantidad, hasta que se llega a una crisis, tras la cual declina; el que procede del opio, una vez generado permanece estacionario durante ocho o diez horas; el primero, por utilizar una distinción técnica de la medicina, es un caso de placer agudo, y el segundo de placer crónico; el uno es una llama, y el otro un resplandor constante y uniforme. Pero la principal distinción reside en que mientras que el vino trastoca las facultades mentales, el opio, por el contrario (si se toma de la manera adecuada), introduce en ellas el orden, la legislación y la armonía más exquisitos. El vino arrebató el dominio de uno mismo: el opio lo refuerza enormemente. El vino perturba y oscurece el juicio, y otorga una percepción extraordinaria y una viva susceptibilidad a los desprecios y las admiraciones, los amores y los odios del bebedor; el opio, por el contrario, imparte serenidad y equilibrio a todas las facultades, activas o pasivas: y en relación al carácter y los sentimientos morales en general, les proporciona simplemente esa clase de calidez vital que el juicio aprueba, y que probablemente siempre acompañaba a una constitución física de salud primigenia o antediluviana. Así, por ejemplo, el opio, al igual que el vino, expande el corazón y los afectos benévolos, aunque con esta singular diferencia: que en el repentino aumento de la benevolencia que acompaña a la ebriedad, siempre hay más o menos un carácter sensiblero, que nos expone al desprecio de los presentes. Los hombres

se estrechan la mano, se juran amistad eterna, derraman lágrimas: ningún mortal sabe por qué: y la criatura sensual es claramente la que domina. En el caso del opio, la expansión de los sentimientos más benignos no llega en un acceso febril, sino que se trata de una saludable recuperación de ese estado que la mente alcanzaría de manera natural si se le eliminara cualquier dolor arraigado que ha perturbado y atacado los impulsos de un corazón originariamente justo y bueno. Ciertamente es que incluso el vino, hasta cierto punto y con ciertos hombres, tiende más bien a elevar y equilibrar el intelecto: yo mismo, que nunca he sido un gran bebedor de vino, comprobaba que media docena de vasos de vino afectaban positivamente mis facultades —animaban e intensificaban la conciencia— y le otorgaban a la mente una sensación de encontrarse «ponderibus librata suis» [«equilibrada por su propio peso»], y desde luego es de lo más absurdo afirmar, en el lenguaje popular, que el vino *enmascara* al hombre, cuando lo cierto es que lo que enmascara a casi todos es la sobriedad; y es al beber (como dice un antiguo caballero en Ateneo) cuando los hombres ἐαυτοὺς ἐμφανίζουσι οἵτινες εἰσὶν [«muestran quiénes son en realidad»], se exhiben con su auténtico carácter, que seguramente ya no se enmascara. Sin embargo, el vino lleva constantemente a los hombres al borde del absurdo y la extravagancia; y más allá de cierto punto no hay duda de que volatiliza y dispersa las energías intelectuales: mientras que el opio siempre parece calmar lo que se ha agitado y concentrar aquello que se ha distraído. Por resumirlo todo en pocas palabras, un hombre que está ebrio, o tiende a la ebriedad, está, y tiene la impresión de estar, en un estado que apela a la supremacía de la parte de su naturaleza meramente humana, muy a menudo brutal; pero el comedor de opio (hablo del que no padece ninguna enfermedad, ni otros efectos secundarios del opio) siente que lo que domina es la parte más divina de su naturaleza; es decir, que los afectos morales se hallan en un estado de despejada serenidad; y por encima de todo brilla la luz del majestuoso intelecto.

Ésta es la doctrina de la iglesia verdadera sobre el tema del opio: una iglesia de la que, lo reconozco, yo soy el único miembro, el alfa y omega: pero también hay que recordar que hablo a partir de una dilatada y profunda experiencia personal, mientras que casi todos los autores no científicos^[14] que han abordado el tema del opio, e incluso aquellos que han escrito expresamente sobre la *materia medica*, dejan claro, a partir del horror con que se expresan, que carecen absolutamente de cualquier conocimiento experimental acerca de cómo actúa el opio. Sin embargo, admitiré de manera franca que he conocido a una persona cuyo testimonio del poder embriagador del opio hizo vacilar mi credulidad, pues era médico, y había tomado opio en grandes cantidades. En una ocasión le manifesté que sus enemigos (según había oído) lo acusaban de decir sandeces cuando hablaba de política, y que sus amigos lo disculpaban sugiriendo que se hallaba constantemente embriagado por el opio. Ahora bien, la acusación, dije yo, no es *prima facie* [«a primera vista»] ni necesariamente absurda: pero *sí* la defensa. Para mi sorpresa, sin embargo, insistió en que tanto sus enemigos como sus amigos tenían razón: «Sostengo», dijo, «que *digo* sandeces; y en segundo lugar, sostengo que no digo sandeces por principio, ni para sacar ningún provecho, sino simple y exclusivamente,

simple y exclusivamente, simple y exclusivamente (lo repitió tres veces), porque estoy ebrio de opio, y eso cada día». Le repliqué que, por lo que se refería a la afirmación de sus enemigos, al fundarse en un testimonio tan respetable, y al ver que las tres partes coincidían, no me correspondía a mí ponerla en entredicho; pero que sí debía poner reparos a esa defensa. Pasó a comentar el asunto y exponer sus razones, pero me pareció tan descortés entrar en una discusión que habría supuesto que ese hombre se equivocaba en una cuestión referente a su propia profesión que no le insistí ni cuando su argumento daba pie a más de una objeción; por no mencionar que un hombre que dice sandeces, aun cuando no lo haga «para sacar ningún provecho», no es el mejor compañero a la hora de debatir, ya sea como oponente o como interlocutor. Sin embargo, confieso que la autoridad de un cirujano, y que además tiene reputación de ser bueno, puede parecer de peso ante mis prejuicios: pero he de apelar a mi experiencia, que era mayor que la suya en 7.000 gotas al día; y aunque no era posible imaginar que exista un médico que no esté familiarizado con los síntomas característicos de la embriaguez del vino, me pareció que incurrirá en un error lógico al utilizar la palabra embriaguez con demasiada libertad, extendiéndola de manera genérica a todo tipo de excitación nerviosa, en lugar de restringirla a la expresión de un tipo concreto de excitación relacionado con ciertos diagnósticos. Algunas personas han sostenido delante de mí que se habían embriagado con té verde, y un estudiante de medicina de Londres, hacia cuyos conocimientos profesionales tengo razones para sentir un gran respeto, me aseguró el otro día que un paciente, al recuperarse de una enfermedad, se embriagó comiendo un bistec.

Después de haberme explayado en este primer e importante error referente al opio, quiero observar muy brevemente un segundo y un tercer error; que son que la elevación del espíritu producida por el opio viene seguida necesariamente de una depresión proporcional, y que la naturaleza e incluso la consecuencia inmediata del opio es el aletargamiento y la estagnación, tanto animal como mental. Respecto al primero de estos errores, simplemente lo negaré; le aseguro al lector que durante los diez años que tomé opio a intervalos, el día posterior al que me había permitido ese lujo me encontraba siempre de un extraordinario buen humor.

En relación al aletargamiento que supuestamente sigue a la ingestión del opio, o más bien (si hay que dar crédito a las numerosas imágenes de consumidores turcos de opio) acompaña la práctica del comedor de opio, también debo negarlo. Es cierto que el opio está clasificado como un narcótico y que puede acabar teniendo algún efecto de ese tipo: pero los efectos primordiales del opio consisten siempre, y en el más alto grado, en excitar y estimular el sistema: la primera fase de su acción en mi caso duraba siempre, durante mi noviciado, hasta un máximo de ocho horas; de manera que debe ser culpa del propio comedor de opio, que no calcula bien cuándo administrar la dosis (hablando en términos médicos), el hecho de que todo el peso de su influencia narcótica tenga lugar durante sus horas de sueño. Parece ser que los comedores de opio turcos son lo bastante absurdos como para sentarse, como si fueran estatuas ecuestres, sobre unos troncos de madera tan estúpidos como ellos mismos. Pero para que el lector pueda juzgar hasta qué punto el opio puede llegar a aturdir las facultades de un inglés, le describiré (por abordar

la cuestión de una manera ilustrativa más que argumentativa) la manera en que yo mismo pasaba una velada a base de opio en Londres durante el período comprendido entre 1804-1812. Se verá al menos que el opio no me llevó a buscar la soledad, y mucho menos la inactividad, ni el estado aletargado de ensimismamiento atribuido a los turcos. Lo relato aun a riesgo de que se me tache de visionario o entusiasta enloquecido: pero eso me importa poco: deseo que el lector tenga en mente que, durante el resto del tiempo, dedicaba muchas horas a diversos estudios, y desde luego, tenía derecho a relajarme de vez en cuando al igual que otras personas; sin embargo, rara vez me lo permitía.

El difunto duque de... solía decir: «El próximo viernes, con la bendición del cielo, tengo intención de emborracharme»: y de manera parecida yo solía fijar de antemano con qué frecuencia, en un período determinado, y cuándo, me entregaría a una disipación de opio. Casi nunca era más de una vez cada tres semanas: pues en aquella época no habría podido aventurarme a pedir cada día (como hice posteriormente) «*un vaso de láudano negus, caliente y sin azúcar*». No: como ya he dicho, rara vez bebía láudano, en aquella época, más de una vez cada tres semanas, y eso ocurría generalmente los martes o los sábados por la noche, y por la razón siguiente. En aquellos días Grassini cantaba en la ópera, y su voz era lo más hermoso que había oído nunca. No sé cuál es en la actualidad la situación de la ópera, pues hace seis o siete años que no la piso, pero en aquella época era con mucho el lugar público más agradable de Londres a la hora de pasar una velada. La entrada de la galería costaba cinco chelines, y allí uno sufría muchas menos molestias que en la platea de los teatros: la orquesta se distinguía por su dulce y melodiosa grandeza de las demás orquestas inglesas, pues éstas, debo confesar, resultaban inaceptables a mi oído por la preponderancia de los metales y la absoluta tiranía del violín. Escuchar los coros era algo divino: y cuando Grassini aparecía en algún interludio, como solía ocurrir, y vertía su apasionada alma en el papel de Andrómaca ante la tumba de Héctor, etc., me preguntaba si algún turco, de entre todos los que han entrado en el paraíso de los comedores de opio, había experimentado alguna vez la mitad del placer que yo sentía. Aunque desde luego honro demasiado a los bárbaros suponiéndolos capaces de cualquier placer que se acerque a los placeres intelectuales de los ingleses. Pues la música es un placer intelectual o sensual, según el temperamento de quien la escucha. Y ya que hablamos del tema, exceptuando la exquisita extravagancia de *Noche de reyes*, no recuerdo en toda la literatura más que un solo caso de alguien que hablara con propiedad sobre el tema de la música: se trata de un pasaje de la *Religio Medici* [\[15\]](#) de sir Thomas Brown; y aunque en su mayor parte es extraordinario por su sublimidad, también posee un valor filosófico, en la medida en que apunta a una auténtica teoría de los efectos musicales. El error que comete casi todo el mundo es suponer que se comunican con la música mediante el oído, y, por tanto, que son puramente pasivos a sus efectos. Pero tal cosa no es cierta: el placer se construye cuando la mente reacciona ante lo que le llega a través del oído (la *materia* nos llega por los sentidos, la *forma* por la mente): y por tanto, personas que poseen un oído igualmente bueno pueden diferir enormemente en este punto. Ahora bien, el opio, al aumentar en

alto grado la actividad de la mente, por fuerza también aumenta ese tipo especial de actividad mediante la cual somos capaces de crear un elaborado placer intelectual a partir de la materia prima de un sonido orgánico. Pero, dice un amigo, para mí una sucesión de sonidos musicales es como un conjunto de caracteres árabes: soy incapaz de asignarles ninguna idea. ¿Ideas, mi querido señor? Ahí no pintan nada: todas las ideas que surgen en ese momento poseen el lenguaje de sentimientos representativos. Pero éste es un tema ajeno a mi presente intención: baste decir que un coro, etc., de elaborada armonía, desplegaba ante mí, como en un tapiz, la totalidad de mi vida anterior; no como se recordará mediante un ejercicio de la memoria, sino presente y encarnada en la música: su vocación ya no era dolorosa: los detalles de sus incidentes habían desaparecido o se confundían en una nebulosa abstracción, y sus pasiones quedaban exaltadas, espiritualizadas y sublimadas. Y todo eso sólo costaba cinco chelines. Y además de la música que había en escena y de la orquesta, tenía mi alrededor, en los intermedios de la función, la música del idioma italiano hablado por mujeres italianas, pues la galería generalmente estaba abarrotada de italianos, a los que yo escuchaba con el mismo placer que experimentó Weld el viajero al tumbarse y escuchar en Canadá la dulce risa de las indias; pues cuando menos comprendes un idioma, más sensible eres a la melodía o estridencia de su sonido: para tal propósito me resultó una ventaja saber muy poco italiano, pues apenas lo leía y no lo hablaba, y no comprendía ni una décima parte de lo que oía hablar a mi alrededor.

Ésos eran mis placeres en la ópera: pero contaba con otro placer que, como sólo podía obtenerse los sábados por la noche, de vez en cuando contendía con mi amor por la ópera; pues en aquella época martes y sábado eran habitualmente las noches de ópera. Sobre este tema me temo que he de ser algo críptico, pero puedo asegurar al lector que no lo seré más que Marino en su vida de Proclo, o que muchos otros biógrafos y autores autobiográficos de excelente reputación. He dicho que ese placer sólo se podía obtener los sábados por la noche. ¿Por qué los sábados por la noche significaban para mí más que cualquier otra noche? No tenía trabajos de los que descansar; ningún salario que recibir: ¿qué podía importarme un sábado por la noche, aparte de ir a escuchar a Grassino? Ciertamente, mi lógico lector: lo que dices es incontestable. Y sin embargo, ocurría y ocurre que, mientras que cada uno canaliza sus sentimientos de una manera distinta, y la mayoría son propensos a mostrar su interés en las preocupaciones de los pobres, sobre todo por la compasión, expresada de una u otra manera, hacia sus pesares y penurias, yo, en aquella época, me sentía inclinado a expresar mi interés compartiendo sus placeres. No hacía mucho había experimentado los dolores de la pobreza; más de lo que deseaba recordar: pero los placeres de los pobres, sus consuelos espirituales y sus reposos del esfuerzo físico es algo que nunca agobia contemplar. El sábado por la noche es el momento en que los pobres aprovechan para concederse su descanso principal, habitual y periódico: es un momento en que las sectas más hostiles se unen y se reconoce el vínculo común de la fraternidad: casi toda la cristiandad descansa de sus trabajos. Es un reposo introductorio a otro reposo: y dividido por un día entero y dos noches de la reanudación del trabajo. Por este motivo, los sábados por la noche siempre tengo la

impresión de que me han liberado del yugo del trabajo, de que voy a recibir un salario y puedo disfrutar del lujo del reposo. Así pues, para poder presenciar a una escala lo mayor posible un espectáculo que goza de todas mis simpatías, los sábados por la noche, después de haber ingerido opio, a menudo echaba a andar, sin importarme gran cosa la dirección o la distancia, en dirección a todos los mercados y otras partes de Londres donde acudían los pobres un sábado por la noche para gastar su paga. Me he parado a escuchar a muchas familias: el hombre, la esposa y uno o dos hijos, mientras consultaban los fondos de que disponían, su presupuesto o el precio de los artículos domésticos. Poco a poco me familiarizaba con sus deseos, sus dificultades y sus opiniones. A veces se oían murmullos de descontento: pero lo más habitual era que mediante su semblante o con palabras comunicaran expresiones de paciencia, esperanza o tranquilidad. Y debo decir que, por lo general, y al menos en este punto, los pobres son mucho más filosóficos que los ricos, y se resignan de manera más pronta y alegre a lo que consideran males irremediables o pérdidas irreparables. Siempre que veía la ocasión, o podía hacerlo sin parecer un entrometido, me unía a ellos y les daba mi opinión sobre el tema que debatían, una opinión que, aunque quizá no siempre sensata, era siempre recibida con indulgencia. Si los salarios eran un poco más altos, o se esperaba que lo fueran, o si la hogaza de cuarto había bajado un poco de precio, o si estaban a punto de bajar las cebollas y la mantequilla, me alegraba: sin embargo, si ocurría lo contrario, gracias al opio encontraba alguna manera de consolarme. Pues el opio (igual que las abejas, que extraen su material indiscriminadamente de las rosas y el hollín de las chimeneas) puede dominar todos los sentimientos y someterlos a la clave dominante. Algunos de esos vagabundeos me llevaron a gran distancia, pues a un comedor de opio siempre le hace muy feliz observar el movimiento del tiempo. Y a veces, cuando intentaba navegar de vuelta a casa basándome en principios náuticos, fijándome en la estrella polar y buscando ambicioso un paso por el noroeste, en lugar de circunnavegar todos los cabos y promontorios que había doblado en mi viaje al exterior, de repente me topaba con problemáticas e intrincadas callejas, misteriosos portales y calles sin salida que eran como los enigmas de la Esfinge, capaces, creo, de desafiar la audacia de los mozos de cuerda y confundir el intelecto de los cocheros. A veces llegaba a creer que debía de ser el primer descubridor de alguna de esas *terrae incognitae* [«tierras desconocidas»], y dudaba que figuraran en los planos modernos de Londres. A pesar de todo esto, sin embargo, años después pagué un alto precio, cuando las caras humanas tiranizaban mis sueños y las perplejidades de mis pasos por Londres regresaban para acechar mis sueños, provocándome un desconcierto moral e intelectual que confundía la razón o me provocaba angustia y remordimiento.

He mostrado hasta ahora que el opio no provoca necesariamente inactividad o aletargamiento; por el contrario, a menudo me llevaba a los mercados y a los teatros. No obstante, para ser franco he de admitir que los mercados y los teatros no son el refugio más apropiado para el comedor de opio cuando se halla en el estado más divino de su disfrute. En ese estado, las multitudes le agobian; incluso la música es demasiado sensual y burda. De manera natural busca la soledad y el silencio como condiciones

indispensables de esos trances o ensueños más profundos, que son el culmen y consumación de lo que el opio puede hacer por la naturaleza humana. Yo, cuya enfermedad era meditar demasiado y observar demasiado poco, y que, cuando entré en la universidad casi caí en una profunda melancolía por reflexionar en exceso sobre los sufrimientos que había presenciado en Londres, era lo bastante consciente de las inclinaciones de mis pensamientos como para hacer todo lo que estuviera en mi mano para contrarrestarlos. De hecho, era como aquel que, según la antigua leyenda, entró en la gruta de Trofonio: y los remedios que buscaba eran obligarme a estar en sociedad y mantener mi entendimiento continuamente dedicado a cuestiones científicas. De no ser por estos remedios, sin duda habría acabado con una melancolía hipocondríaca. Años después, no obstante, cuando había recuperado la alegría, cedí a mi natural inclinación por la vida solitaria. En esa época a menudo me sumía en una ensoñación al tomar opio; y más de una vez me ha ocurrido, en una noche de verano, mientras miraba por una ventana abierta, en una habitación desde la cual se podía ver el mar a una milla de distancia y que abarcaba una panorámica de la gran ciudad de L..., más o menos a la misma distancia, que he permanecido sentado desde la puesta de sol hasta el alba inmóvil y sin desear moverme.

Que me acusen de misticismo, böehmismo, quietismo, etc., me tiene sin cuidado. Sir H. Vane, el joven, fue uno de los hombres más sabios: y que juzguen mis lectores si él, en sus obras filosóficas, es menos místico que yo. Digo, por tanto, que me ha parecido a menudo que la escena misma era un tanto típica de lo que tenía lugar en dicho ensueño. La ciudad de L... representaba la tierra, cuyos pesares y tumbas habían quedado atrás, aunque no perdidos del todo de vista, ni completamente olvidados. El océano, en su permanente pero suave agitación, sobre el que flotaba una calma como de paloma, podría encarnar con bastante acierto la mente y el estado de ánimo que la invadía. Pues al principio me parecía que me encontraba a distancia, lejos del tumulto de la vida; como si el alboroto, la fiebre y la lucha quedarán suspendidos; una tregua a las aflicciones secretas del corazón; un sabbath de descanso; un reposo de las labores humanas. Ahí estaban las esperanzas que florecen en los senderos de la vida, reconciliadas con la paz que se halla en la tumba; movimientos del intelecto tan infatigables como los cielos, aunque a todas las preocupaciones les llegaba una calma idílica: una tranquilidad que no parecía producto de la inercia, sino el resultado de antagonismos poderosos e iguales; infinitas actividades, infinito reposo.

¡Oh, opio justo, sutil y poderoso, que llevas tu bálsamo calmante a los corazones de los pobres y los ricos por igual, a las heridas que nunca sanan y a los «tormentos que tientan al espíritu a rebelarse»! Oh, opio elocuente, que con tu potente retórica eliminas cualquier motivo de cólera; y al reo le devuelves por una noche la esperanza de su juventud y le lavas las manos de sangre; y al orgulloso otorgas un breve olvido de

las injusticias no reparadas y los insultos no vengados;

que convocas testigos falsos en el tribunal de los sueños para que triunfen los inocentes que sufren; que frustras el perjurio; tú que revocas las sentencias de los jueces

deshonestos; tú que construyes en el seno de la oscuridad, con la fantástica imaginaria del cerebro, ciudades y templos que superan el arte de Fidias y Praxíteles, que superan el esplendor de Babilonia y Hekatómpylos: y «de la anarquía del sueño» sacas a la luz del sol las caras de hermosas muchachas enterradas hace mucho tiempo, y los bienaventurados semblantes del hogar, purificados de las «deshonras de la tumba». ¡Sólo tú le otorgas estos dones al hombre; sólo tú tienes las llaves del paraíso, oh, justo, sutil y poderoso opio!

Introducción a los tormentos del opio

Lector cortés, y espero que indulgente (ya que todos mis lectores han de ser indulgentes, pues me temo que de lo contrario los escandalizaría demasiado para poder esperar su cortesía), tras haberme acompañado hasta aquí, deja que te pida que avances unos ocho años; es decir, desde 1804 (cuando he relatado que comenzó mi relación con el opio) hasta 1812. Ya ha terminado mi vida universitaria, y casi la he olvidado: el birrete de estudiante ya no me oprime las sienes; y si es que dicho birrete existió alguna vez, aprieta las de otro joven estudioso, confío que tan feliz como yo y amante tan apasionado del saber. Mi toga en la actualidad se encuentra en el mismo estado que miles de excelentes libros de la biblioteca de Oxford, a saber, diligentemente examinada por ciertos gusanos y polillas estudiosos; o puede que haya ido a parar (es todo lo que sé de su destino) a ese gran depósito que es *alguna parte*, donde han ido a parar tantas tazas de té, cajas para el té, teteras, etc. (por no hablar de recipientes todavía más frágiles, como copas, decantadores, viejas sirvientas, etc.) cuyo esporádico parecido con las tazas de té, etc. me recuerda que antaño fueron de mi propiedad, pero de cuya desaparición y destino último sospecho que, al igual que casi todos los togados de cualquier universidad, no podría ofrecer más que un relato impreciso y conjetural. La insistencia de la campana de la iglesia, que emitía su inoportuna llamada a los maitines de las seis, ya no interrumpe mi sueño: el mozo que la hacía sonar, sobre cuya hermosa nariz (bronceína con incrustaciones de cobre) escribí en venganza tantos epigramas en griego mientras se vestía, ya ha muerto y ha dejado de molestar: y yo y muchos otros que sufríamos de su propensión al tintineo, ahora coincidimos en pasar por alto sus errores y perdonarlo. Ahora incluso extendiendo mi indulgencia a la campana: supongo que suena como antes, tres veces al día, y no dudo que irrita cruelmente y perturba la paz de espíritu de muchos dignos caballeros: pero en este año de 1812 ya no escucho su voz traicionera (la llamo traicionera porque, mediante algún refinamiento de la maldad, hablaba en tonos tan dulces y argentinos como si nos convidara a una fiesta): desde luego, sus tonos ya no pueden alcanzarme, ni aunque los vientos sean tan propicios como podría desear la propia malicia de la campana, pues me hallo a una distancia de 250 millas, sepultado entre las profundidades de las montañas. ¿Y qué hago entre las montañas? Tomar opio. Sí, ¿pero qué más? Verás, lector, en 1812, el año al que hemos llegado ahora, al igual que durante algunos años anteriores, lo que hago principalmente es estudiar a los metafísicos alemanes leyendo textos de Kant, Fichte, Schelling, etc. ¿Y cómo vivo, cuál es mi estilo de vida? En resumen, ¿a qué clase o tipo de hombres pertenezco? En este período, a saber, en 1812, vivo en una casita de campo, con una sola criada (*honi soit qui mal y pense*) [«caiga deshonra sobre aquel que piense mal»], a la cual mis vecinos

denominan «ama de llaves». Y en cuanto que erudito y hombre ilustrado, y en ese sentido un caballero, me temo que podría calificarme de indigno miembro de ese grupo indefinido llamado *caballeros*. En parte quizá por lo que acabo de afirmar; en parte porque no poseo ninguna vocación o profesión aparente, se considera acertadamente que vivo gracias a mis rentas; así que mis vecinos, por gentileza de la Inglaterra moderna, así me clasifican, y en mis cartas, etc. recibo el tratamiento de *señor don*, aunque me temo que, si somos rigurosos con la heráldica, poco puedo aspirar a ese honor: sí, entre la gente soy el señor don X. Y. Z., pero no juez de paz ni *Custos Rotulorum* [«primer juez de paz del condado»]. ¿Estoy casado? No todavía. ¿Sigo tomando opio? Los sábados por la noche. ¿Lo sigo tomando sin la menor vergüenza desde «el domingo lluvioso», «el majestuoso Panteón», y «el beatífico boticario» de 1804? Así es. ¿Y cómo estoy de salud después de tanto tomar opio? En resumen, ¿cómo me siento? Bueno, bastante bien, gracias, lector: en expresión de las mujeres que están de parto: «Todo lo bien que se podría esperar». De hecho, aunque según las teorías de los doctores, *debería* estar enfermo, en honor a la verdad pura y simple debería declarar que nunca me he sentido mejor que en la primavera de 1812; y espero sinceramente que la cantidad de clarete, Oporto, o ese «Madeira especial» que con toda probabilidad tú, buen lector, has ingerido, y piensas ingerir, en un plazo de ocho años durante el curso de tu vida natural afecte tan poco a tu salud como afectó a la mía el opio que tomé durante ocho años, entre 1804 y 1812. Aquí puedes comprobar otra vez los peligros de seguir cualquier consejo médico del *Anastasius*; por lo que yo sé, es posible que en teología o derecho sus consejos sean fiables, pero no en medicina. No: es mucho mejor consultar al doctor Buchan; como hice yo: pues nunca he olvidado el excelente consejo de ese hombre tan distinguido: que procurara sobre todo «no tomar más de veinticinco onzas de láudano». Supongo que debo atribuir a esta moderación y uso morigerado del producto, por lo menos hasta entonces (es decir, hasta 1812), el que ignore y ni siquiera sospeche los terrores que el opio guarda en venganza para aquellos que abusan de su lenidad. Al mismo tiempo no hay que olvidar que hasta ese momento no he sido más que un comedor de opio diletante: ocho años de hábito regular, con la única precaución de permitirme un intervalo suficiente entre cada ingestión, no han sido suficientes para convertirlo en producto imprescindible de mi dieta diaria. Pero ahora llegamos a una época distinta. Si no te importa, lector, avanza hasta el año 1813. En el verano del año que acabamos de abandonar la salud de mi cuerpo se resintió a causa de una tribulación anímica relacionada con un suceso muy triste. No necesito entrar en detalles de cuál fue ese suceso, pues nada tiene que ver con el tema que ahora estoy tratando, aparte de haber provocado esa enfermedad física. Si la enfermedad de 1812 tuvo algo que ver con la de 1813, eso no lo sé: el hecho es que ese año sucumbí a una espantosa irritación estomacal, en todos los aspectos parecida a la que me había causado tanto sufrimiento en la juventud, y acompañada de la reaparición de todos los viejos sueños. Por lo que se refiere a mi autojustificación, se podría decir que todo lo que sigue gira en torno a este punto de mi relato. Y aquí me encuentro en un desconcertante dilema: o por un lado he de agotar la paciencia del lector detallándole mi enfermedad y cómo la combatí, dejando

claro que ya no podía seguir luchando con esa irritación y constante sufrimiento; o, por el otro, si paso de puntillas sobre esta parte crucial de mi narración, renuncio a la ventaja de dejar una impresión más profunda en la mente del lector y me expongo a que se interprete que, igual que las personas débiles, me fui deslizandode manera fácil y gradual desde la primera a la última fase del comedor de opio (una interpretación que, en vista de lo que he reconocido hasta ahora, puede rondar en la mente de casi todos los lectores). Eso me pone entre la espada y la pared: y tan afilada es la espada que sería capaz de derribar y ensartar a una columna de pacientes lectores, aunque formaran de dieciséis en fondo y contara con permanentes relevos: por tanto, eso no hay ni que considerarlo. Así que sólo me queda presentar como *postulado* todo lo que sea necesario para mi propósito. Y, buen lector, te ruego que tomes este postulado como si lo hubiera demostrado, a expensas de tu paciencia y de la mía. Ten la generosidad de no tener mala opinión de mí si me muestro indulgente y no deseo incomodarte. No: cree todo lo que te pido; a saber, que ya no podía resistir más, créelo con liberalidad, como un acto de gracia, o por simple prudencia: pues de lo contrario, en la próxima edición de mis *Confesiones del Opio*, revisadas y ampliadas, te haré creer y temblar: y *à force d'ennuyer* [«por puro aburrimiento»], y a fuerza de pandiculaciones, vulgarmente llamadas bostezos, aterrorizaré a todos mis lectores para que no vuelvan a poner en entredicho cualquier postulado que se me ocurra proponer.

Así pues, deja que repita el postulado de que en la época en que comencé a tomar opio diariamente no podía hacer otra cosa. Si posteriormente no hubiera conseguido dejar el hábito, aun cuando en esa época me parecía que todos los esfuerzos serían inútiles, y si podría haber puesto más empeño en muchos de los innumerables esfuerzos que llevé a cabo, y si podría haberme mostrado más enérgico en mi gradual reconquista del terreno perdido..., son cuestiones en las que me niego a entrar. A lo mejor podría presentar circunstancias atenuantes, pero ¿he de ser sincero? Confieso que uno de mis principales defectos ha sido el de ser demasiado eudemonista: ansío en exceso la felicidad, tanto para mí como para los demás: soy incapaz de hacer frente a la miseria, ni propia ni ajena, con una mirada firme: y soy poco capaz de soportar el tormento presente por la posibilidad de algún beneficio compensatorio. En otros aspectos coincido con el caballero de la bolsa del algodón^[16] de Manchester al adoptar una filosofía estoica: pero no en éste. Aquí me tomo la libertad del filósofo ecléctico, y busco alguna secta cortés y considerada que se muestre más transigente con la debilidad de un comedor de opio; hay, como dice Chaucer, «hombres encantadores para dar la absolución», y que demuestran cierta conciencia en las penitencias que imponen y los esfuerzos de abstinencia que exigen a los pobres pecadores como yo. En mi estado nervioso, soporto tan poco a un moralista inhumano como el opio sin hervir. En cualquier caso, dicho moralista, que me invita a acarrear una enorme carga de abnegación y mortificación en cualquier travesía de superación moral, debe dejarle claro a mi entendimiento que la empresa tiene esperanzas de éxito. Ya no podemos suponer que en lo que me queda de vida (tengo ahora treinta y seis años) ande sobrado de energía: de hecho, me queda bastante poca para afrontar las labores intelectuales que tengo entre manos: así pues, que

ningún hombre espere embarcarme en ninguna desesperada aventura moralista asustándome con duras palabras.

Sin embargo, la cuestión de la lucha, desesperada o no, en 1813 era la que he mencionado; a partir de esa fecha el lector me puede considerar un comedor de opio habitual y empedernido, al cual preguntarle, en un día cualquiera, si había tomado opio sería como preguntarle si sus pulmones habían respirado o si el corazón había llevado a cabo sus funciones. Comprende ahora, lector, lo que soy: y date cuenta de que ningún anciano caballero «de barba blanca como la nieve» tendrá ninguna oportunidad de convencerme de que renuncie al «pequeño receptáculo dorado de la perniciosa droga». No: advierto a todos, moralistas o médicos, que sean cuales sean vuestras pretensiones y habilidades en vuestros respectivos oficios, no debéis esperar ninguna aprobación de mí, si pretendéis comenzar proponiendo cualquier salvaje cuaresma, ramadán o abstinencia del opio. Una vez aclarado esto entre nosotros, en el futuro tendremos el viento en popa. Y ahora, lector, por favor sepárate de 1813, donde todo este tiempo hemos estado sentados holgazaneando, y avanza tres años más. Y ahora levanta el telón y verás a un hombre nuevo.

Si cualquier hombre, pobre o rico, afirmara que va a contarnos cuál fue el día más feliz de su vida, y el porqué, y nos lo explicara, supongo que todos exclamaríamos: ¡Escuchémosle! ¡Escuchémosle! En cuanto al *día* más feliz de su vida, a cualquier hombre juicioso le costará señalar uno: porque cualquier suceso que pudiera ocupar un lugar tan distinguido en el recuerdo de ese hombre, o pudiera haber derramado alguna felicidad especial en un día concreto, debería ser de carácter tan permanente que (dejando aparte los accidentes) siguiera derramando la misma felicidad, o una no perceptiblemente inferior, durante muchos años seguidos. Sin embargo, cualquier hombre será capaz de señalar el *lustro* o incluso el *año* más feliz de su vida sin menoscabo de su buen juicio. Ese año, lector, en mi caso, fue el que ahora hemos alcanzado; aunque se alza, debo confesar, como un paréntesis entre años de carácter más sombrío. Fue un año de agua brillante (por hablar a la manera de los joyeros), a pesar de hallarse engastado y aislado en la tristeza y sombría melancolía del opio. Por extraño que pueda parecer, un poco antes de esa época, de repente y sin esfuerzo considerable, rebajé la dosis de 320 granos de opio (es decir, ocho[17] mil gotas de láudano) al día a cuarenta granos, es decir, una octava parte. Al instante, como por arte de magia, la nube de profundísima melancolía que oprimía mi cerebro, igual que los negros vapores que he visto disiparse en las cumbres de las montañas, se disipó en un día (νυχθήμερον) [«Una noche y un día»]; se fue con sus turbios estandartes casi tan simultáneamente como un barco que ha permanecido varado y la marea viva pone a flote...

Todo él se mueve, si es que llega a moverse.

Volví a ser feliz: ahora sólo tomaba 1.000 gotas de láudano al día: ¿y qué era eso? Una primavera tardía que había llegado para poner fin a la estación de la juventud: mi cerebro llevaba a cabo sus funciones con la misma salud que antes: volvía a leer a Kant, y de nuevo lo comprendía, o eso pensaba. De nuevo mis sentimientos de dicha se

extendían a todos cuanto me rodeaban: y si cualquier hombre de Oxford o Cambridge, o de donde fuera, hubiera sido anunciado en mi modesta casita, se le habría prodigado una recepción tan suntuosa como podía ofrecer un hombre tan pobre como yo. Quizá faltaran algunas cosas que procuran la felicidad de un hombre juicioso: pero de láudano le habría dado todo el que deseara, y en una copa de oro. Y por cierto, ahora que hablo de regalar el láudano, recuerdo, más o menos en esa época, un pequeño incidente que menciono porque, aunque fue insignificante, el lector pronto volverá a encontrar en mis sueños, en los que influyó de manera más temible de lo que se puede imaginar. Un día un malayo llamó a mi puerta. Soy incapaz de conjeturar qué asunto podía llevar a un malayo por las montañas inglesas: posiblemente se dirigía a un puerto de mar que se hallaba a unas cuarenta millas de distancia.

La sirvienta que le abrió la puerta era una joven nacida y criada en las montañas que nunca había visto ningún tipo de atavío oriental: así pues, su turbante la confundió bastante: y como resultó que el malayo sabía tanto inglés como ella malayo, parecía abrirse un abismo infranqueable entre cualquier comunicación de ideas, si es que alguno de los dos tenía alguna. En ese dilema, la muchacha, recordando la reputación de erudito de su amo (y sin duda atribuyéndome el conocimiento de todos los lenguajes de la Tierra, además, quizá, de unos cuantos de la Luna), se presentó ante mí y me dio a entender que en la puerta había una especie de demonio, al que sin duda imaginó que mi arte podía exorcizar de la casa. Yo no bajé de inmediato, pero cuando lo hice, el grupo con el que me encontré, dispuesto como estaba por accidente, aunque no muy elaborado, me llamó la atención y me dejó fascinado como no lo habían conseguido nunca las poses de estatua exhibidas en los ballets del Teatro de la Ópera, tan ostentosamente complejas. En la cocina de la casa, cuya pared estaba revestida de una madera oscura a la que la edad y el roce daban un aspecto de roble, y que parecía más un rústico vestíbulo que una cocina, se encontraba el malayo, cuyo turbante y pantalones holgados de un blanco sucio resaltaban sobre el oscuro revestimiento. Se había acercado a la chica más de lo que ésta desearía, aunque la intrepidez de su nativo espíritu montañero lidiaba con la sensación de simple horror que su semblante expresaba al contemplar a ese ocelote que tenía delante. No se podría imaginar cuadro más sorprendente que el hermoso rostro inglés de la muchacha, con su exquisita blancura y su actitud erguida e independiente, en contraste con la piel cetrina y biliosa del malayo, esmaltado y barnizado de ébano por el aire marino, de ojos pequeños, feroces e inquietos, labios finos, y gestos y reverencias serviles. Medio oculto por el aspecto feroz del malayo había un niño que vivía en una casita cercana, y que furtivamente había entrado detrás de él, y que ahora tenía la cabeza levantada y la mirada fija en el turbante y en los feroces ojos que había debajo, mientras con una mano se agarraba al vestido de la joven como protección. Mi conocimiento de las lenguas orientales no es extraordinariamente amplio, y de hecho se reduce a dos palabras: la árabe que significa cebada, y la turca que significa opio (*madjoon*), que aprendí en *Anastasi*. Y como tampoco tenía ningún diccionario malayo, y ni siquiera el *Mithridates* de Adelung, que podría haberme ayudado con unas cuantas palabras, me dirigí a él con unos versos de la *Iliada*, considerando que, de todos los idiomas que

conocía, el griego, en cuestión de longitud, era el que geográficamente se acercaba más a cualquier lengua oriental. Me dedicó un devotísimo gesto de veneración, y me replicó en lo que supongo que era malayo. Así fue como salvé mi reputación con los vecinos, pues el malayo no tenía manera de traicionar el secreto. Se tumbó en el suelo durante más o menos una hora y luego siguió su camino. Al marcharse, le regalé un poco de opio. Al ser oriental, concluí que debía conocer el opio, y la expresión de su cara me convenció de que así era. Sin embargo, me produjo cierta consternación ver cómo de repente se llevaba la mano a la boca y (en expresión de colegial) se lo zampaba de un bocado después de dividirlo en tres trozos. Aquella cantidad era suficiente para matar a tres dragones y sus caballos, y me sentí un tanto alarmado por la pobre criatura: ¿pero qué se podía hacer? Le había dado el opio compadeciéndome de su vida solitaria, al recordar que si había venido a pie desde Londres, debían de haber transcurrido casi tres semanas sin que hubiera intercambiado ningún pensamiento con otro ser humano. No se me ocurrió violar las leyes de la hospitalidad haciendo que lo agarraran y administraran un emético, con lo que se asustaría y pensaría que íbamos a sacrificarlo a algún ídolo inglés. No: estaba claro que no se podía hacer nada. Se despidió, y durante algunos días anduve preocupado, pero como no oí decir que se hubiera encontrado a ningún malayo muerto, me convencí de que estaba acostumbrado[\[18\]](#) al opio, y que le había hecho un favor proporcionándole una noche de respiro a los tormentos de su vida errante.

He creído que el incidente merecía esta digresión porque el malayo (en parte por la pintoresca imagen que contribuyó a formar, y en parte por la preocupación que asocié a su imagen durante algunos días) se coló repetidamente en mis sueños, y trajo con él otros malayos peores que se lanzaron *amok*[\[19\]](#) [«frenéticos»] a por mí y me sumieron en un mundo de tribulaciones. Pero abandonemos este episodio y regresemos a mis años intercalados de felicidad. Ya he dicho que sobre un tema tan importante para todos nosotros como es la felicidad, deberíamos escuchar con placer la experiencia o experiencias de cualquiera, aun cuando no fuera más que un mozo labrador, del que no hemos de esperar que haya labrado muy profundamente en un suelo tan intratable como es el de los tormentos y placeres humanos, ni haya dirigido sus investigaciones basándose en principios tan ilustrados. Pero yo, que he probado la felicidad tanto en forma sólida como líquida, tanto hervida como sin hervir, tanto de las Indias Orientales como de Turquía —que he llevado a cabo mis experimentos sobre este interesante tema con una especie de pila galvánica—, y que, para provecho general del mundo, me he inoculado, por así decir, el veneno de 8.000 gotas de láudano al día (exactamente por la misma razón que un médico francés se inoculó hace poco el cáncer, hace veinte años un inglés se inoculó la peste, y un tercero, cuya nacionalidad desconozco, se inoculó la hidrofobia), *yo* (hay que admitir) seguramente conozco qué es la felicidad, si es que alguien lo conoce. Y por tanto, expondré aquí un análisis de la felicidad; y como manera más interesante de comunicarlo, no lo haré de un modo didáctico, sino con el envoltorio y el adorno de la imagen de una noche, de cómo pasé cada noche durante esos años en los que el láudano, aunque lo tomaba cada noche, no era más que el elixir del placer. Una vez hecho esto, abandonaré completamente el tema de la felicidad y pasaré a uno

muy distinto: el de los *tormentos del opio*.

Imaginemos una casita en un valle, a 18 millas de cualquier población: no un valle espacioso, sino de unas dos millas de largo por tres cuartos de milla de ancho de media; la ventaja es que todas las familias que residen dentro de sus límites son, por así decir, como un gran hogar en el que conoces a todos y les tienes cierto afecto. Supongamos que las montañas son montañas de verdad, tienen entre 3.000 y 4.000 pies de altura, y que la casa es una casa de verdad; no (como ha expresado un escritor ingenioso) una casita de doble cochera; supongamos que de hecho (pues quiero atenerme a la realidad) se trata de una casita blanca rodeada de arbustos en flor, escogidos para que desplieguen una sucesión de flores sobre las tapias y alrededor de las ventanas durante todos los meses de primavera, verano y otoño, comenzando por las rosas de mayo y acabando con los jazmines. Sin embargo, supongamos que no es primavera, ni verano y otoño..., sino lo más crudo del invierno. Éste es un punto de la máxima importancia en la ciencia de la felicidad. Me sorprende ver a gente que lo pasa por alto, y cree que hay que congratularse si el invierno toca a su fin; o, si comienza, desee que no sea muy severo. Por el contrario, mi petición anual es que haya toda la nieve, granizo, escarcha y tormentas, de uno u otro tipo, que nos puedan proporcionar los cielos. Seguramente todo el mundo es consciente de los divinos placeres que nos proporciona una buena chimenea en invierno: las velas a las cuatro, alfombras delante de la chimenea, el té, una bella mujer que lo prepara, los postigos cerrados, cortinas que caen hasta el suelo en amplios pliegues, mientras fuera el viento y la lluvia aúllan de manera audible

Y a puertas y ventanas parece llamar
como si el cielo y la tierra quisieran juntar;
pero no encuentran resquicio alguno,
y en desordenada sala nuestro descanso está seguro.

El castillo de la indolencia

Todos éstos son elementos de la descripción de una noche de invierno que seguramente resultan familiares a todo aquel que ha nacido en una latitud septentrional. Y es evidente que casi todas estas exquisiteces, al igual que los helados, exigen una temperatura atmosférica muy baja; son frutos que no maduran sin un tiempo tormentoso o inclemente. No soy muy «*exigente*», como suele decirse, y tanto me da que sea nieve, helada negra o un viento tan fuerte que (como dice el señor...) «puedes apoyar la espalda en él como si fuera un poste». Incluso soporto la lluvia, siempre y cuando caiga a cántaros: pero necesito algo así, y si no lo tengo, en cierto modo me siento maltratado: pues, ¿por qué tengo que gastar tanto dinero en invierno en carbón, velas y pasar las diversas privaciones que afectan incluso a un caballero, si no voy a recibir un artículo realmente bueno? No: con lo que pago exijo un invierno canadiense, o ruso, donde todo el mundo es casi copropietario del viento del Norte en la parcela de sus propias orejas. De hecho, tan meticuloso me muestro en este asunto que soy incapaz de disfrutar plenamente de una noche de invierno si hace mucho que ha transcurrido el día de santo Tomás y ya ha degenerado hacia las lamentables tendencias de los aires primaverales:

no: el regreso de la luz y el sol debe quedar separado por un grueso muro de noches oscuras. Desde las últimas semanas de octubre hasta Navidad es el período en que la felicidad está en sazón: cuando, a mi juicio, entra en la habitación con la bandeja del té: pues el té, aunque ridiculizado por aquellos que son de nervios toscos, o se han vuelto así de tanto beber vino, y son ajenos a la influencia de un estimulante tan refinado, siempre será la bebida favorita del intelectual: por mi parte, me habría sumado al doctor Johnson en una *bellum internecinum* [«guerra de exterminio»] contra Jonas Hanway o cualquier otra persona que se atreviese a difamarlo. Pero aquí, para ahorrarme el problema de un exceso de descripción verbal, introduciré a un pintor y le daré instrucciones para el resto del cuadro. A los pintores no les gustan las casitas blancas, a menos que estén muy castigadas por el clima: pero como el lector ahora comprende que es una noche de invierno, no nos harán falta sus servicios, salvo para el interior de la casa.

Pintadme una habitación de diecisiete pies por doce, y no más de siete pies y medio de alto. En mi familia, lector, a esto se lo denomina, con ciertas pretensiones, la sala de estar; pero, al estar arreglada «para matar dos pájaros de un tiro», también se puede calificar con más justicia de biblioteca, pues resulta que los libros son la única propiedad en la que soy más rico que mis vecinos. Poseo unos cinco mil, reunidos gradualmente desde mis dieciocho años. Por tanto, pintor, puedes poner todos los que quieras en esta sala. Puéblala de libros, y además, píntame un buen fuego; y que el mobiliario sea sencillo y modesto, acorde con la morada sin pretensiones de un estudioso. Y cerca del fuego píntame una mesita para el té; y (como está claro que nadie puede venir a verme en una noche tan tormentosa) coloca sólo dos tazas y dos platillos en la bandeja del té; y, si sabes pintarla de una manera simbólica, o como sea, píntame una tetera eterna: eterna *à parte ante* y *à parte post* [«antes y después»], pues generalmente bebo té desde las ocho de la tarde hasta las cuatro de la mañana. Y, como resulta muy agradable que una encantadora joven te prepare el té o te lo sirva, píntame a esa joven sentada a la mesa. Que sus brazos sean como los de la aurora y su sonrisa como la de Hebe. Pero no, querida M., no me permitas insinuar ni siquiera en broma que tu poder para iluminar mi casita descansa sobre algo tan perecedero como la simple belleza física, ni que el hechizo de una sonrisa angélica se halla al alcance de cualquier lápiz terrestre. Pasa pues, mi buen pintor, a algo que esté más a tu alcance: ahora debes mostrarme, naturalmente, a mí: una imagen del comedor de opio con su «pequeño receptáculo dorado de la perniciosa droga» junto a él, en la mesa. En cuanto al opio, no me opongo a ver una imagen de él, aunque preferiría ver el original: puedes pintarlo, si te apetece; pero te informo de que ningún receptáculo «pequeño», ni siquiera en 1816, me serviría, pues me hallaba a bastante distancia del «majestuoso Panteón» y de todos los boticarios (mortales o de otro tipo). No: mejor que pintes el receptáculo auténtico, que no era de oro, sino de cristal, y se parecía muchísimo a un decantador de vino. Ahí dentro puedes colocar un litro de láudano color dorado: eso, y un libro de los metafísicos alemanes a su lado, será suficiente para indicar que no ando lejos de ahí; pero en cuanto a mi imagen..., debo poner algún reparo. Admito que, naturalmente, yo debería ocupar el primer plano del cuadro; que al ser el héroe de la pieza o (si lo preferís) el acusado en el banquillo, mi

cuerpo tendría que presentarse ante el tribunal. Eso parece razonable: pero ¿por qué confesar, en este punto, ante un pintor? ¿Y por qué confesar? Si el público (a cuyos oídos susurro confidencialmente mis confesiones, y no al de ningún pintor) se hubiera formado alguna agradable imagen del aspecto del comedor de opio, si le hubiera atribuido, de manera romántica, un aire elegante, una cara hermosa, ¿quién soy yo para arrancarle de manera bárbara una ilusión tan placentera tanto para el público como para mí? No: píntame, si es que me pintas, acorde con tu fantasía: y como la fantasía de un pintor siempre rebosa bellas creaciones, en este sentido siempre saldré ganando. Y ahora, lector, ya hemos recorrido las diez categorías de mi estado en la época de 1816-17; considero que fui feliz hasta la mitad de ese último año: y he procurado disponer ante los elementos de esa felicidad en el esbozo que acabo de hacer del interior de la biblioteca de un erudito, en una casita entre las montañas una tormentosa noche de invierno.

¡Pero ahora adiós: un largo adiós a la felicidad, ni en verano ni en invierno! ¡Adiós a las sonrisas y a las carcajadas! ¡Adiós a la paz de espíritu! ¡Adiós a la esperanza y a los sueños tranquilos y a los bienaventurados consuelos del dormir! Pues durante más de tres años y medio me veré privado de ellos: llego ahora a una Ilíada de congojas: pues ahora debo dar cuenta de

Los tormentos del opio

como cuando un gran pintor moja
su lápiz en la oscuridad del terremoto y eclipse.
Shelley, *La rebelión del islam*

Lector que me has acompañado hasta ahora, debo solicitar atención para ofrecer una breve nota explicativa en tres puntos:

1. Por diversas razones no he sido capaz de componer las notas de esta parte de mi relato en una forma ordenada y coherente. Presento las notas inconexas tal como las encuentro o como ahora las redacto de memoria. Algunas llevan su propia fecha; otras las he fechado yo; y otras no tienen fecha. Cada vez que ha servido a mi propósito arrancarlas de su orden cronológico o natural, no he tenido reparo en hacerlo. A veces hablo en presente, otras en pasado. Quizá pocas de estas notas fueron escritas exactamente en el período de tiempo que relatan, aunque eso poco puede afectar a su exactitud, pues las impresiones fueron tan intensas que nunca se desvanecerán de mi mente. Muchas se han omitido. Mucho esfuerzo me costaría obligarme a recordarlas o componerlas en una narración ordenada, tantos son los horrores que pesan en mi cerebro. Me excuso en parte con este sentimiento; y en parte porque ahora me hallo en Londres, y soy una de esas personas que ni siquiera son capaces de ordenar sus papeles sin ayuda; y estoy separado de las manos que suelen llevar a cabo para mí el oficio de amanuense.

2. Quizá pensarás que no debería revelar tantos detalles ni tan íntimos de mi propia historia. Es posible. Pero yo escribo como si pensara en voz alta, y sigo mi estado de ánimo sin pararme a considerar quién escucha; y si me paro a considerar lo que resulta decoroso decir a esta o a esa persona, pronto llegaré a dudar si es decoroso decir algo. El hecho es que me imagino que ya han pasado quince o veinte años desde la época en que estoy escribiendo, y que lo hago para los que se interesarán por mí en el futuro; y como quiero dejar constancia de una época concreta, cuya historia completa nadie puede saber más que yo, aplico todos mis esfuerzos para relatarla en todo detalle, pues no sé si volveré a encontrar tiempo para hacerlo.

3. Puede que más de una vez se te ocurra preguntar: ¿Por qué no me libré de los horrores del opio dejándolo o disminuyendo la dosis? La respuesta es sucinta: podría pensarse que cedí con demasiada facilidad a la fascinación del opio; no se puede pensar que sus terrores seduzcan a nadie. Así pues, el lector puede estar seguro de que llevé a cabo innumerables intentos de reducir la cantidad. Añado que aquellos que han presenciado las agonías de esos intentos, y no yo, fueron los primeros en pedirme que desistiera. Pero ¿no podría haber reducido una gota al día, o, añadiendo agua, haber dividido por dos o por tres esa gota? Habría tardado casi seis años en reducir así esas mil

gotas, y ese método no habría sido satisfactorio. Éste es un error común en aquellos que no saben nada del opio por experiencia propia; apelo a quienes sí la tienen, y les pregunto si no es siempre cierto que la cantidad se puede reducir de manera fácil e incluso placentera hasta cierto punto, pero que, pasado ese punto, una mayor reducción provoca intensos sufrimientos. Sí, afirman muchas personas irreflexivas, que no saben de qué están hablando: sufrirás abatimiento y desánimo durante unos días. Y yo respondo: no, no se da nada parecido al desánimo; al contrario, la parte meramente animal mejora extraordinariamente: mejora el pulso y también la salud. No es ahí donde reside el sufrimiento. No se parece al sufrimiento causado cuando se renuncia al vino. Es un estado de inefable irritación estomacal (que desde luego no se parece al abatimiento) acompañada de intensos sudores, y una sensación que no puedo escribir al no disponer de más espacio.

Ahora comenzaré «*in medias res*», y relataré sus efectos paralizantes sobre las facultades intelectuales en la época en que se podría decir que los tormentos del opio habían llegado a su *acmé* [«su punto culminante»].

Ahora ya hace mucho que mis estudios se han interrumpido. Soy incapaz de leer con placer, y apenas me concentro un momento. Sin embargo a veces leo en voz alta para placer de los demás, pues es uno de mis talentos, y, en el sentido vulgar de la palabra *talento* como don superficial y ornamental, casi el único que poseo: y antaño, si poseía alguna vanidad relacionada con algún don o mérito mío, era ése; pues había observado que era el menos habitual de todos. Los actores son los que peor leen: ... lee de una manera espantosa; y la señora..., tan celebrada, es incapaz de leer nada más que composiciones dramáticas; es incapaz de leer a Milton de una manera soportable. La gente en general o bien lee poesía sin ninguna pasión o sobrepasa el pudor natural y la lee con ignorancia. Últimamente, si alguna vez me ha conmovido algo en los libros, han sido las lamentaciones de *Sansón agonista* o las grandes armonías de los discursos satánicos del *Paraíso recobrado*, que me leo en voz alta. Hay una joven señora que a veces viene a tomar el té con nosotros: a petición de ella y de M., de vez en cuando les leo los poemas de W... (por cierto, W... es el único poeta que he conocido que sabe leer sus propios versos: muy a menudo los lee de manera admirable).

Creo que estuve casi dos años sin leer más que un libro: y quiero mencionar cuál era para saldar la gran deuda de gratitud que tengo con su autor. Todavía leo a los poetas más sublimes y apasionados, como ya he dicho, a fragmentos y esporádicamente. Pero mi auténtica vocación, como bien yo sabía, era el ejercicio del entendimiento analítico. Ahora bien, en su mayor parte los estudios analíticos son algo continuo, que no se puede seguir a rachas ni mediante esfuerzos fragmentarios. Las matemáticas, por ejemplo, la filosofía intelectual, etc. me resultaban insoportables; me apartaba de ellas con una sensación de impotencia y de infantil falta de intelecto que me sumió en la angustia, y que se incrementaba al recordar la época en que me enfrentaba a esos libros con un goce constante; y aun por otra razón: porque había dedicado la labor de toda mi vida, y entregado mi intelecto, con sus flores y frutos, a la tarea lenta y compleja de componer una sola obra a la que me había atrevido a poner el título de un libro inacabado de

Spinoza: *De emendatione humani intellectûs*. Ese proyecto ahora estaba detenido y como congelado, al igual que un puente o acueducto español comenzado a una escala demasiado grande para las posibilidades del arquitecto; y en lugar de sobrevivirme como un monumento al menos a mis aspiraciones y deseos, y una vida de trabajo dedicada a la exaltación de la naturaleza humana en la manera en que Dios había considerado mejor equiparme para tan importante empresa, era más bien un monumento funerario para mis hijos de las esperanzas derrotadas, los esfuerzos frustrados, los materiales acumulados inútilmente, de los cimientos sobre los que ya no se levantaría ninguna superestructura: del pesar y la ruina del arquitecto. En ese estado de imbecilidad, para divertirme había dedicado mi atención a la economía política; mi entendimiento, que antes era tan activo e inquieto como una hiena, supongo (al menos mientras yo siguiera con vida) que no podía hundirse en la absoluta letargia; y la economía política ofrece una ventaja a cualquier persona en mi situación: que aunque es una ciencia eminentemente orgánica (es decir, que todas las partes influyen en el todo, al igual que el todo influye en cada una de las partes), las diversas partes se pueden separar y contemplarse individualmente. Aunque en aquella época era inmensa la postración de mis facultades, no podía olvidar mi saber; y mi entendimiento se había relacionado de manera estrecha durante demasiados años con pensadores rigurosos, la lógica y los grandes maestros del saber como para no darse cuenta de la escasa inteligencia del grueso de los economistas modernos. En 1811 me había dedicado a examinar numerosos libros y panfletos sobre muchas ramas de la economía; y a deseo mío, M. a veces me leía capítulos de los libros más recientes o fragmentos de los debates parlamentarios. Comprobé que éstos eran por lo general la escoria y los restos del intelecto humano; y que cualquier hombre de juicio atinado y experto en manejar la lógica con destreza escolástica podría coger a toda esa academia de economistas modernos y ahogarlos entre el cielo y la tierra con el índice y el pulgar, o reducir a polvo sus cabezas fungosas con el abanico de una señora. Finalmente, en 1819, un amigo mío de Edimburgo me mandó un libro del señor David Ricardo: recurriendo a mi propia anticipación profética del advenimiento de algún legislador para esa ciencia, exclamé, antes de finalizar el primer capítulo: «¡Tú eres el hombre!». El asombro y la curiosidad eran nociones que llevaban en mí mucho tiempo muertas. Sin embargo volví a asombrarme: me asombré al verme de nuevo estimulado al esfuerzo de leer, pero más me asombró aún el libro. ¿De verdad aquella obra tan profunda se había escrito en Inglaterra durante el siglo XIX? ¿Era eso posible? Creía que el pensamiento[20] se había extinguido en Inglaterra. ¿Podía ser que un inglés, ajeno a las instituciones académicas, pero oprimido por preocupaciones mercantiles y senatoriales hubiera llegado tan lejos mientras las universidades de Europa y un siglo de pensamiento no habían conseguido avanzar ni la anchura de un cabello? Todos los demás autores habían quedado aplastados y superados por el enorme peso de sus datos y documentos; el señor Ricardo había deducido *à priori* [«mediante el razonamiento deductivo»], del propio entendimiento, leyes que por primera vez proyectaban un rayo de luz en ese confuso caos de materiales, y había transformado lo que antes no era más que una recopilación de varias discusiones en una ciencia de proporciones ordenadas que

por primera vez se erguía sobre una base eterna.

Así fue cómo una obra de profunda intuición me proporcionó placer y una actividad que llevaba años sin practicar: incluso me estimuló a escribir, o, al menos, a dictar lo que M. escribía por mí. Me pareció que algunas verdades importantes habían eludido incluso «el ojo inevitable» del señor Ricardo: y como éstas eran, en su mayor parte, de tal naturaleza que podía expresarlas o ilustrarlas de manera más breve y elegante mediante símbolos algebraicos que en la dicción torpe y laberíntica de los economistas, habrían cabido en un cuaderno; y al ser tan breves, como en esa época era incapaz de cualquier esfuerzo, teniendo a M. de amanuense redacté los *Prolegómenos a todos los futuros sistemas de economía política*. Espero que nadie considere que huelen a opio, aunque, de hecho, para mucha gente el propio tema ya es bastante opiáceo.

Sin embargo, ese esfuerzo fue un breve destello, como se verá por lo que sucedió posteriormente, pues tenía planeado publicar mi obra, y todo estaba dispuesto para que se hiciera en una imprenta de provincias, a unas dieciocho millas de distancia. A tal fin se contrató durante unos días a un cajista adicional. La obra incluso se anunció dos veces, y en cierto modo me había comprometido a llevar a cabo mis intenciones. Pero tenía que escribir un prefacio; y una dedicatoria al señor Ricardo, que deseaba que fuera espléndida. Me vi incapaz de llevar a cabo todo esto. Todos los planes quedaron anulados; se despidió al cajista; y mis *Prolegómenos* descansaron en paz junto a su hermano mayor y más digno.

He descrito e ilustrado el letargo intelectual en unos términos que se aplican más o menos a los cuatro años que permanecí bajo el hechizo circeano del opio. Aparte de la angustia y el sufrimiento, se podría decir que vivía en un estado de latencia. Casi nunca conseguía escribir ni una carta; como mucho, lograba contestar con algunas palabras a cualquier misiva que recibía; y a menudo eso no ocurría hasta que la carta llevaba semanas, o incluso meses, sobre mi escritorio. Sin la ayuda de M., todos los recibos de las cuentas pagadas o por pagar habrían desaparecido, y toda mi economía doméstica, sin importar lo que se hiciera de la economía política, habría acabado en una confusión irremediable. No aludiré más a este aspecto de la situación: al final, el comedor del opio lo encontrará tan opresivo y torturante como cualquier otro, fruto de su incapacidad y debilidad, fruto de los bochornosos incidentes que acompañan el descuido o la indolencia con que uno afronta los deberes de cada día, y fruto del remordimiento que muy a menudo afila el aguijón de estos males en una mente reflexiva y concienzuda. El comedor de opio no pierde ninguna de sus sensibilidades o aspiraciones morales: desea y anhela, con el mismo fervor que siempre, llevar a cabo lo que cree posible y lo que siente que le exige el deber; pero su percepción intelectual de lo que es posible supera infinitamente su capacidad, no sólo de ejecución, sino incluso su capacidad de intentarlo. Permanece bajo el peso del incubo y de los fantasmas más opresivos: ante sus ojos ve todo lo que le encantaría llevar a cabo, exactamente igual que un hombre confinado en su cama por la languidez mortal de una enfermedad que le priva de sus fuerzas, y que se ve obligado a presenciar cómo se hiere u ofende al objeto que más ama en el mundo: maldice los hechizos que le encadenan y le impiden moverse: daría la vida si pudiera

levantarse y caminar, pero se ve impotente como un bebé y ni siquiera es capaz de levantarse.

Ahora paso a lo que es el tema principal de estas últimas confesiones, a la historia y el diario de lo que tuvo lugar en mis sueños, pues éstos eran la causa más inmediata y próxima de mi sufrimiento más agudo.

La primera advertencia de que algún cambio importante estaba ocurriendo en esta parte de mi economía física procedió de la reaparición de una condición ocular que generalmente tiene lugar en los niños o en los estados exaltados de irritabilidad. No sé si mi lector es consciente de que muchos niños, quizá la mayoría, poseen la capacidad de dibujar en la oscuridad, por así decir, todo tipo de fantasmas; en algunos, esa capacidad no es más que una afección mecánica del ojo; otros poseen una capacidad voluntaria o semivoluntaria para crear o visitar estas imágenes; o, como me dijo un niño en una ocasión cuando le pregunté sobre el asunto: «Puedo decirles que se vayan, y se van; pero a veces vienen sin que yo les haya dicho que vengan». A lo que le contesté que poseía un poder casi tan ilimitado sobre sus apariciones como un centurión romano sobre sus soldados. Creo que fue a mediados de 1817 cuando esta facultad comenzó a resultarme realmente perturbadora: por la noche, cuando permanecía despierto en la cama, veía pasar enormes procesiones en una pompa lúgubre; frisos de historias interminables que me resultaban tan tristes y solemnes como si fueran extraídas de épocas anteriores a Edipo o Príamo, antes de Tiro y antes de Menfis. Y al mismo tiempo se produjo un cambio parejo en mis sueños; de repente parecía que un teatro se abría y se iluminaba dentro de mi cerebro, presentando espectáculos nocturnos de un esplendor ultraterreno. Y también podría mencionar los cuatro hechos siguientes, tan perceptibles en aquella época.

1. Que, a medida que aumentaba el estado creativo de mi ojo, parecía surgir una simpatía entre los estados de vigilia y de sueño en el cerebro, en el sentido de que cualquier cosa que yo evocara y trazara en la oscuridad mediante un acto voluntario era muy posible que se transfiriera a mis sueños; de manera que me daba miedo ejercer esta facultad, pues al igual que Midas convertía en oro todo lo que tocaba, lo que frustraba sus esperanzas y defraudaba sus deseos humanos, así, cualquier cosa que yo podía representar visualmente en la oscuridad de inmediato tomaba forma y se transformaba en un fantasma en el ojo; y, mediante un proceso al parecer no menos inevitable, una vez trazado en colores tenues y visionarios, como letras en tinta simpática, la feroz química de mis sueños les confería un intolerable esplendor que me corroía el corazón.

2. Éste y todos los demás cambios en mis sueños iban acompañados de una ansiedad tan profundamente arraigada y una melancolía tan triste que las palabras no pueden transmitirlos. Cada noche me parecía descender, no de manera metafórica, sino real, a abismos y simas adonde no llegaba el sol, profundidades insondables de las que parecía que jamás podría volver a salir. Y al despertar tampoco tenía la sensación de haber vuelto a la superficie. No voy a detenerme en ello, porque no se puede describir con palabras el estado de melancolía que acompañaba a esos magníficos espectáculos, equivalente al menos a la oscuridad absoluta que rodea al suicida más desesperado.

3. La percepción del espacio, y, en última instancia, la percepción del tiempo, quedaban profundamente afectadas. Los edificios, los paisajes, etc. surgían en proporciones tan inmensas que el ojo físico no está capacitado para recibirlas. El espacio se hinchaba y quedaba ampliado hasta un inexpresable infinito. Sin embargo, eso no me perturbaba tanto como la inmensa dilatación del tiempo; a veces tenía la impresión de haber vivido 70 o 100 años en una noche; y más aún, a veces tenía la sensación de que había transcurrido todo un milenio, o por lo menos una duración que estaba mucho más allá de los límites de cualquier experiencia humana.

4. A menudo revivía los incidentes más insignificantes de la infancia, o escenas olvidadas de años posteriores: no se podía decir que las recordara, pues si las hubiera relatado cuando estaba despierto no habría sido capaz de reconocerlas como partes de mi experiencia anterior. Pero tal como se me aparecían, en sueños que semejaban intuiciones, y envueltos en todas las evanescentes circunstancias y sentimientos que los acompañaban, los *reconocía* al instante. En una ocasión, una pariente cercana me contó que, habiendo caído en un río cuando era niña, y al haber estado a punto de morir de no haber sido porque alguien la ayudó en el último instante, en un momento presencié toda su vida en sus incidentes más nimios, como si se le apareciera en un espejo; y de manera tan repentina desarrolló la facultad de comprender aquella totalidad y cada una de sus partes. Es algo que, teniendo en cuenta mis experiencias con el opio, creo sin la menor duda; de hecho, en libros modernos he leído esa misma afirmación, acompañada de un comentario que estoy convencido que es cierto; a saber, el temible libro del Apocalipsis del que hablan las escrituras es, de hecho, la mente de cada individuo. Al menos estoy seguro de una cosa: que *olvidar* es imposible para la mente; puede que se den mil accidentes que interpongan un velo entre nuestra conciencia actual y las secretas inscripciones de la mente; también puede que algún accidente del mismo tipo desgarre ese velo; pero, veladas o no, las inscripciones permanecen para siempre, al igual que las estrellas parecen desaparecer cuando se hace de día, mientras que, de hecho, todos sabemos que lo que hace la luz es extender un velo sobre ellas, y que se revelarán de nuevo cuando la luz se haya retirado.

Tras haber observado estos cuatro hechos que diferencian de manera memorable mis sueños de los que se tienen cuando se está saludable, ahora citaré un caso ilustrativo del primer hecho, y a continuación citaré otros que recuerdo, ya sea en orden cronológico o en cualquier otro orden que contribuya a realzar su efecto para el lector.

En mi juventud, e incluso desde entonces, para divertirme de vez en cuando, era un gran lector de Livio, al que confieso preferir, tanto en estilo como en contenido, a cualquier historiador romano; y a menudo había tenido la impresión de que los sonidos más solemnes y terribles, y más enfáticamente representativos de la majestad del pueblo romano, eran dos palabras que a menudo aparecen en Livio: *Consul Romanus*, sobre todo cuando el cónsul aparece en su carácter militar. Lo que quiero decir es que las palabras rey, sultán, regente, etc., o cualquier otro título de los que encarnan en su persona la majestad colectiva de un gran pueblo, no conseguían estimular hasta tal punto mis sentimientos reverenciales. También, aunque no soy un gran lector de historia, me

había familiarizado en detalle y con una perspectiva crítica con el período de la historia inglesa referente a la Guerra Civil, pues me atraía la grandeza moral de algunos personajes de la época y las numerosas memorias interesantes que sobreviven de esos tiempos de zozobra. Estas lecturas ligeras, tras haberme proporcionado a menudo materia de reflexión, ahora proporcionaban materia a mis sueños. A menudo veía, tras pintar sobre la oscuridad desnuda una especie de ensayo mientras estaba despierto, una multitud de señoras, y quizá una fiesta y bailes. Y oía decir, o me decía a mí mismo: «Éstas son señoras inglesas de la desdichada época de Carlos I. Son las esposas e hijas de aquellos que se reunían en paz, y se sentaban a la misma mesa, y estaban aliados por vínculos de sangre o matrimoniales; sin embargo, tras un cierto día de agosto de 1642, ya no volvieron a sonreírse unos a otros, y solo se reunieron en el campo de batalla; y en Marston Moor, en Newbury o en Naseby, cortaron todos los vínculos de amor con un cruel golpe de sable, y borraron con sangre el recuerdo de la antigua amistad». Las señoras bailaban, y se las veía tan encantadoras como la corte de Jorge IV. Y sin embargo yo sabía, incluso en mi sueño, que llevaban en la tumba casi dos siglos. Este espectáculo de repente se disipaba; y tras una palmada se oía el sonido estremecedor de *Consul Romanus*: y de pronto pasaban majestuosos, en un espléndido paludamento, Paulo o Mario, rodeados de una compañía de centuriones, con la túnica púrpura izada sobre una lanza y seguida del *alalagmos* [«griterío»] de las legiones romanas.

Hace muchos años, mientras examinaba las *Antigüedades de Roma* de Piranesi, el señor Coleridge, que permanecía a mi lado, me describió una serie de ilustraciones de este artista tituladas *Sueños*, y que representan el escenario de sus propias visiones durante el delirio de la fiebre. Algunas (las describo de memoria por lo que me contó el señor Coleridge) eran enormes salas góticas, en cuyo suelo se veían todo tipo de artefactos y maquinarias, ruedas, cables, poleas, palancas, catapultas, etc., que expresaban que se había exhibido un inmenso poder y se había superado toda resistencia. Pegada a los muros se veía una escalera; y en ella, subiendo a tientas, se veía al propio Piranesi: si seguías un poco más las escaleras te dabas cuenta de que terminaban de manera abrupta, sin ninguna balaustrada, y que al llegar a su término no se podía dar ningún paso sin precipitarse al vacío. Sea lo que sea del pobre Piranesi, imaginas que al menos sus fatigas terminan ahí. Pero al levantar la mirada se contempla un segundo tramo de escaleras un poco más arriba, sobre las cuales se ve de nuevo a Piranesi, que esta vez está de pie en el mismísimo borde del abismo. De nuevo levantas los ojos, y contemplas otro tramo de escaleras un poco más arriba, y de nuevo está el pobre Piranesi en sus ambiciosas fatigas; y así hasta que la escalera interminable y Piranesi se pierden en la penumbra superior de la sala. Era esa misma capacidad de crecimiento y autorreproducción hasta el infinito la que tenía la arquitectura de mis sueños. En la primera fase de la enfermedad los esplendores de mis sueños eran sobre todo arquitectónicos: y contemplaba tal pompa de ciudades y palacios como nunca ha contemplado el ojo estando despierto, a no ser en las nubes. Cito algunos versos de un poeta moderno que describe, como algo realmente contemplado en las nubes, lo que con muchos de sus detalles vi a menudo mientras dormía:

La aparición, revelada de pronto,
mostraba una gran ciudad, o más se diría
un laberinto de edificios que se alejaban
y se sumían en una profundidad asombrosa,
¡en un esplendor que no tiene fin!
Los muros parecían de oro y diamante,
había cúpulas de alabastro y agujas de plata,
una terraza centellante sucedía a otra, hacia
arriba; serenos y luminosos pabellones
se disponían en avenidas; había torres ceñidas
de almenas que en sus frentes incansables
lucían estrellas: ¡iluminación de todas las gemas!
La naturaleza terrestre había creado ese efecto
con los sombríos materiales de la tormenta,
ahora en calma; en las grutas, las empinadas
laderas y las cumbres, donde se habían retirado
los vapores, posándose
bajo un cielo cerúleo... etc.

La sublime circunstancia —«almenas que en sus frentes *incansables* lucían estrellas»— podría haberse copiado de mis sueños arquitectónicos, pues a menudo se daba en ellos. Se dice que Dryden, y Fuseli en la época actual, consideraron apropiado comer carne cruda para obtener sueños espléndidos: mucho mejor, para ese propósito, haber tomado opio, y sin embargo, no recuerdo que conste que ningún poeta lo haya hecho, exceptuando el dramaturgo Shadwell. En la Antigüedad, Homero tiene fama, y yo creo que merecida, de haber conocido las virtudes del opio.

A mi arquitectura la sucedían sueños de lagos: plateadas extensiones de agua: éstos eran tan abundantes que temía (aunque posiblemente le parezca ridículo a cualquier médico) que algún estado o tendencia hidropésica de mi cerebro se estuviera haciendo (por utilizar una palabra metafísica) *objetivo*, y que el órgano sensorial se *proyectase* como su propio objeto. Durante dos meses lo sufrí enormemente en mi cabeza: una parte de mi estructura física que hasta entonces había permanecido tan libre de toda mancha o asomo de debilidad (físicamente, me refiero) que yo solía decir, al igual que lord Orford afirmaba de su estómago, que probablemente sobreviviría al resto de mi persona. Hasta ese momento no había sentido ni siquiera un dolor de cabeza, ni el más mínimo, exceptuando los dolores reumáticos causados por mi propia insensatez. Sin embargo, superé ese ataque, aunque probablemente estuvo a punto de desembocar en algo muy peligroso.

Cambió el carácter de las aguas: los lagos translúcidos, que relucían como espejos, se convirtieron en mares y océanos. Y sobrevino un cambio tremendo, el cual, desplegándose lentamente como un pergamino a lo largo de muchos meses, prometía un tormento duradero; y de hecho, no me abandonó hasta que no concluyeron dichas circunstancias. Hasta ese momento el rostro humano se había mezclado a menudo en mis sueños, aunque no de manera despótica, ni con ningún especial poder de atormentar. Pero entonces comenzó a desplegarse lo que he denominado la tiranía del rostro humano. Quizá podía achacarse a una parte de mi vida en Londres. Sea como fuere, sobre el

vaivén de las aguas del océano comenzó a aparecer el rostro humano: el mar parecía pavimentado de innumerables caras, vueltas hacia los cielos: caras implorantes, iracundas, desesperadas, que emergían a miles, a miríadas, por generaciones, por siglos: mi agitación era infinita: mi mente se veía zarandeada y levantada por el océano.

Mayo, 1818

El malayo ha sido un enemigo terrible durante meses. Cada noche, gracias a él, me he visto transportado a escenas asiáticas. No sé si los demás comparten mis sentimientos en este aspecto, pero a menudo he pensado que si me viera obligado a abandonar Inglaterra y vivir en China, entre las costumbres, los modales y los paisajes chinos, me volvería loco. Las causas de mi horror son profundas; y puede que otros compartan algunas. El Asia meridional, en general, es un lugar de espantosas imágenes y asociaciones. En cuanto que cuna de la raza humana, debería inspirar un vago sentimiento reverencial. Pero hay otras razones. Nadie puede fingir que las salvajes, bárbaras y caprichosas supersticiones de África, u otras tribus salvajes de otro lugar, le afecten de la misma manera en que le han afectado las antiguas, monumentales, crueles y complejas religiones del Indostán, etc. La sola antigüedad de las cosas asiáticas, de sus instituciones, historias, formas religiosas, etc. es tan impresionante que la inmensa edad de la raza y el nombre domina la sensación de lo juvenil en el individuo. Un joven chino me parece un hombre antediluviano regenerado. Incluso los ingleses, aunque no se han creado conociendo dichas instituciones, no pueden sino estremecerse ante la sublimidad mística de las *castas*, que se han desarrollado separadas y se niegan a mezclarse a lo largo de inmemoriales extensiones de tiempo; tampoco se puede dejar de sentir un pavor reverencial ante los nombres del Ganges o el Éufrates. Contribuye en gran parte a esta sensación el hecho de que el Asia meridional sea y haya sido durante miles de años la parte del mundo más poblada: la gran *officina gentium* [«la fábrica de naciones»]. En esas regiones el hombre es un hierbajo. También los vastos imperios, en los que se ha visto arrojada la enorme población de Asia, ofrecen una mayor sublimidad a los sentimientos asociados con todos los nombres o imágenes orientales. De China, además de lo que tiene en común con el resto del Asia meridional, me aterra su estilo de vida, sus modales, y la barrera de absoluta aversión y falta de simpatía que se interpone entre nosotros por sentimientos más profundos de lo que puedo analizar. Preferiría vivir entre lunáticos, o entre animales salvajes. Todo esto, y mucho más de lo que puedo expresar, o tengo tiempo para expresar, debe tener en cuenta el lector antes de comprender el inimaginable horror que me causan estos sueños de imaginería oriental y torturas mitológicas. Bajo la sensación asociada de calor tropical y luz vertical, he juntado todas las criaturas, pájaros, bestias, reptiles, todos los árboles y plantas, costumbres y apariencias que se encuentran en todas las regiones tropicales, y los he reunido en China o Indostán. A partir de sentimientos parecidos, pronto apliqué la misma ley a Egipto y todos sus dioses. Monos, periquitos y cacatúas me miraban fijamente, se burlaban de mí, me hacían muecas o parloteaban. Me topaba con pagodas: y me quedaba inmovilizado durante siglos en la cúspide o en salas secretas; yo era el ídolo; yo era el sacerdote; me

adoraban; me sacrificaban. Huía de la cólera de Brahma a través de todos los bosques de Asia: Visnú me odiaba; Shiva me tendía una emboscada. De repente me encontraba con Isis y Osiris, que decían que yo había cometido un acto que había estremecido al ibis y al cocodrilo. Permanecía enterrado durante mil años en ataúdes de piedra, con momias y esfinges, estrechas cámaras en el centro de pirámides eternas. Los cocodrilos me besaban con sus labios cancerosos, y confundido con indescritibles seres viscosos yacía entre los juncos y el barro del Nilo.

Quiero que el lector se haga así una idea general de mis sueños orientales, que siempre me llenaron de tal asombro ante el monstruoso escenario que el horror parecía amortiguado, durante un rato, por la mera estupefacción. Tarde o temprano llegaba un reflujo de sensación que engullía el asombro y me dejaba no tanto aterrorizado, como lleno de odio y abominación por lo que veía. Sobre todas las formas, las amenazas y los castigos, y el encarcelamiento sombrío y ciego flotaba una sensación de eternidad e infinitud que me producía una opresión como de locura. Era tan sólo en estos sueños, con una o dos excepciones sin importancia, donde se daban esas circunstancias de horror físico. Anteriormente todo habían sido errores morales y espirituales. Pero ahí los agentes principales eran feas aves, o serpientes, o cocodrilos; sobre todo esto. El maldito cocodrilo se convirtió para mí en un objeto más horrible que casi todo el resto. Me veía obligado a vivir con él, y (como era casi siempre el caso en mis sueños) durante siglos. A veces me escapaba y me encontraba en alguna casa china, con mesas de bambú, etc. Todas las patas de las mesas, los sofás, etc. pronto estaban inflamadas de vida: la abominable cabeza del cocodrilo, y sus ojos ladinos, me miraban multiplicados en miles de repeticiones: y yo seguía fascinado y aborreciendo todo aquello. Y tan a menudo surgía en mis sueños ese repulsivo reptil que muchas veces el mismo sueño se interrumpía de la misma manera: oía unas suaves voces que me hablaban (cuando duermo lo oigo todo) y me despertaban al instante; era mediodía, y mis hijos estaban allí de pie, de la mano, junto a mi cama; habían venido para enseñarme sus zapatos de colores, o sus levitas nuevas, o para que los viera vestidos para salir. Afirmino que era tan horrible la transición del maldito cocodrilo y los demás monstruos y abortos indecibles de mis sueños a la inocente naturaleza *humana* y de la infancia que, en la poderosa y repentina repugnancia de la mente, lloraba sin poder controlarme y les besaba en la cara.

Junio, 1819

He tenido ocasión de observar, en diversos períodos de mi vida, que las muertes de aquellos a quienes amamos, y de hecho la contemplación de la muerte general, afecta más (*caeteris paribus*) [«en igualdad de circunstancias»] en verano que en cualquier otra época del año. Y creo que las razones son tres: en primer lugar, que los cielos visibles en verano parecen más altos, más lejanos y (si se me perdona el absurdo) más infinitos; las nubes, que son el instrumento principal mediante el cual el ojo calcula la distancia del pabellón azul que se extiende sobre nuestras cabezas, son en verano más voluminosas, densas, y se acumulan de una manera más impresionante e imponente; en segundo lugar, la luz y el aspecto del sol que declina y se pone se corresponde mucho mejor con las

representaciones y símbolos del Infinito; y en tercer lugar (y ésta es la razón principal) la exuberante y desenfrenada prodigalidad de la vida lleva a la mente, de modo natural, a pensar de manera más poderosa en la idea opuesta de la muerte y la invernal esterilidad de la tumba. Pues se puede observar, por lo general, que siempre que dos ideas se relacionan una con otra mediante una ley de antagonismo, y existen, por así decir, por mutua repulsión, suele ocurrir que una nos hace pensar en la otra. Por estos motivos me resulta imposible apartar la idea de la muerte cuando paseo a solas en los interminables días de verano; y cualquier muerte en concreto, si no me afecta más, al menos sí me obsesiona de manera más obstinada y obsesiva en esa estación. Quizá esta causa, y un leve incidente que omito, pueda ser la razón inmediata del siguiente sueño; a pesar de que debe de haber existido siempre una predisposición en mi mente, pues desde el momento en que surgió, ya nunca me ha abandonado, y se ha dividido en mil fantásticas variedades, que a menudo se reúnen súbitamente y componen de nuevo el sueño original.

Creía que era una mañana de domingo de mayo, que era el Domingo de Pascua, y muy temprano. Tenía la impresión de estar de pie a la puerta de mi casa. Justo delante de mí se extendía la escena que se ve realmente desde esa posición, pero dignificada, como suele ser habitual, y solemnizada por el poder de los sueños. Se trataba de las mismas montañas, y del mismo delicioso valle a sus pies; sólo que las montañas se elevaban a alturas más que alpinas, y había un espacio mucho más grande entre ellas compuesto de prados y bosques; en los setos abundaban las rosas blancas; no se veía ninguna criatura viviente, exceptuando el ganado que reposaba tranquilamente sobre las tumbas verdeantes del verde cementerio, y sobre todo en torno a la tumba de una niña a la que yo había amado con ternura, exactamente igual que las había contemplado en la vida real, un poco antes del amanecer de ese mismo verano, cuando la niña murió. Observaba aquella conocida escena y dije en voz alta (mientras lo pensaba) para mí: «Aún falta bastante para que salga el sol; y es Domingo de Pascua; y es el día en que celebran los primeros frutos de la resurrección. Iré a caminar; los viejos pesares hoy quedan olvidados; pues el aire es fresco y quieto, y las colinas son altas, y se extienden hacia el cielo; y los calveros del bosque están tan silenciosos como el cementerio; y con el rocío puedo lavar la fiebre de mi frente, y entonces ya no me sentiré desdichado». Y me volví, como si fuera a abrir la verja del jardín; y de inmediato vi a la izquierda una escena muy diferente, pero que sin embargo el poder de los sueños había conseguido armonizar con la otra. La escena era oriental; también ocurría el Domingo de Pascua, y era muy temprano. A una gran distancia resultaban visibles, como una mancha en el horizonte, las cúpulas y bóvedas de una gran ciudad: una imagen o leve abstracción, captada quizá en la infancia de algún grabado de Jerusalén. Y a menos de un tiro de flecha, sobre una roca, a la sombra de unas palmeras de Judea, estaba sentada una mujer; y la miré, y era... ¡Ann! Me clavó la mirada con un gesto serio, y al final le dije: «Así que por fin te encuentro». Esperé, pero no dijo una palabra. Su cara era la misma que cuando la vi por última vez, ¡y sin embargo qué distinta estaba! Diecisiete años atrás, cuando la luz de la lámpara cayó sobre su cara y por última vez besé sus labios (unos labios, Ann, que para

mí no eran impuros), sus ojos estaban inundados de lágrimas: ahora las lágrimas habían desaparecido; se la veía más hermosa que en aquella época, pero en todo lo demás estaba igual, y no había envejecido. Su aspecto era sereno, pero con una solemnidad en la expresión poco habitual; y yo ahora la observaba con cierto sobrecogimiento; pero de repente su semblante se volvió borroso, y al mirar hacia las montañas, percibí unos vapores que se interponían entre nosotros; al momento todo había desaparecido; surgió una densa oscuridad; y en lo que dura un parpadeo ya me encontraba lejos de las montañas, caminando a la luz de las farolas de Oxford Street de nuevo en compañía de Ann, al igual que diecisiete años antes, cuando los dos éramos unos críos.

Como último ejemplo, citaré un sueño, de carácter distinto, de 1820.

El sueño comenzaba con una música que ahora a menudo oigo en sueños: una música de preparación, de suspense; una música que era como el inicio del Himno de la Coronación, y que, al igual que ese himno, daba la sensación de una larguísima marcha, de infinitas cabalgadas que desfilaban, y el paso de innumerables ejércitos. Era la mañana de un día importante, un día de crisis y de esperanza definitiva para la naturaleza humana, que por entonces sufría un misterioso eclipse y se esforzaba por sobrevivir en una situación terriblemente extrema. En alguna parte, no sabía dónde; de alguna manera, no sabía cómo; unos seres, no sabía cuáles; se libraba una batalla, una lucha, con mucho sufrimiento: se desarrollaba como una gran obra dramática, o una pieza musical; simpatizaba con ella, lo cual resultaba insoportable al desconocer dónde ocurría, su causa, su naturaleza y su posible desenlace. Tal como suele ocurrir en los sueños (donde por necesidad nos convertimos en el centro de todo), yo tenía la capacidad, y a la vez no la tenía, de decidir el resultado. Tenía esa capacidad si era capaz de levantarme y ejercer mi voluntad; y a la vez no tenía esa capacidad, pues sobre mí pesaban veinte Atlantes, o la opresión de una culpa inexpiable. Yo permanecía inactivo «en abismos jamás sondeados». A continuación, como un coro, la pasión se intensificaba. Había en juego algo aún más importante; una causa más poderosa de lo que jamás defendió ninguna espada o proclamó trompeta alguna. De pronto sonaban alarmas: la gente corría de un lado a otro: la confusión de innumerables fugitivos, y yo no sabía si pertenecían a la buena causa o a la mala: luces y oscuridad: tempestad de rostros humanos; y al final, con la sensación de que todo estaba perdido, formas femeninas, y los rasgos que para mí lo eran todo, y apenas durante un momento, manos entrelazadas, separaciones desgarradoras, y a continuación ¡adiós para siempre! Y con un suspiro, igual que las grutas del infierno suspiraron cuando la incestuosa madre pronunció el nombre abominable de la muerte, el sonido reverberaba, ¡adiós para siempre! Y de nuevo volvía a reverberar: ¡Adiós para siempre!

Y me desperté debatiéndome, y grité en voz alta: «¡Nunca más dormiré!».

Pero ahora debo poner fin a una narración que ya se ha extendido más allá de lo razonable. De haber dispuesto de más espacio, el material que he utilizado se podría haber desarrollado mejor, y se podría haber añadido gran parte de lo que no he utilizado. Sin embargo, tal vez sea suficiente. Lo único que me queda por decir ahora es cómo ese conflicto de horrores llegó finalmente a su crisis. El lector ya está al corriente (gracias a

un párrafo cerca del comienzo de la introducción a la primera parte) de que el comedor de opio, de una u otra manera, «se ha desembarazado de casi todos los eslabones de esa cadena maldita que lo sujetaba». ¿Cómo lo hizo? Relatarlo, tal como era mi primera intención, habría excedido con mucho el espacio del que ahora dispongo. Es una suerte que, al existir una razón tan convincente para abreviar la narración, viera las cosas con más perspectiva y no sintiera la inclinación de perjudicar con detalles superfluos la impresión dejada por esa historia, en cuanto que llamamiento a la prudencia y a la conciencia del comedor de opio todavía incipiente, o incluso (aunque ésa es una consideración muy inferior) perjudicar su efecto artístico. El lector avezado no se fijará tanto en la época en que me fascinaba como en el poder de fascinación. No el comedor de opio, sino el opio, es el verdadero héroe de la historia, y el centro legítimo en torno al cual gira el interés. Mi intención era mostrar la maravillosa acción del opio, ya sea para el placer o para el dolor: si lo he conseguido, mi relato ha cumplido su función.

Sin embargo, como algunas personas, a pesar de todas las leyes en contra, insistirán en preguntar qué fue del comedor de opio, y en qué estado se encuentra ahora, les responderé lo siguiente: el lector sabe ya que el opio hace tiempo dejó de fundar su imperio en épocas de placer; dominaba tan sólo por los tormentos relacionados con el intento de renunciar a él. No obstante, como el no renunciar a ese tirano iba acompañado de otros tormentos no menos dolorosos, había que elegir entre dos males, y más valía adoptar aquel que, aunque terrible en sí mismo, ofrecía la perspectiva de recuperar definitivamente la felicidad. Parece algo innegable, pero de esa buena lógica no extraía el autor fuerzas para actuar. Sin embargo, una crisis llegó a la vida del autor, una crisis que afectó a otras personas que le son aún más queridas, y que siempre serán más queridas que su propia vida, incluso ahora que vuelve a ser una persona feliz. Me di cuenta de que moriría si seguía con el opio, y decidí, por tanto, que si había que morir lo haría librándome de él. No sé decir exactamente cuánto tomaba en esa época, pues el opio lo compraba un amigo que luego se negaba a dejar que se lo pagara, por lo que no estoy seguro de qué cantidad había consumido ese año. No obstante, me enteré de que lo tomaba de manera muy irregular, y que variaba entre unos cincuenta o sesenta granos hasta 150 al día. Mi primer objetivo fue reducirlo a cuarenta, treinta, y, tan rápido como pude, a doce granos.

Triunfé; pero no creas, lector, que mis sufrimientos terminaron, ni tampoco me veas en un estado de *abatimiento*. Imagínate como alguien que, aunque ya han pasado cuatro meses, sigue todavía agitado, retorciéndose, temblando, palpitando, destrozado; quizá en un estado muy parecido al de alguien que ha estado en el potro, por lo que recuerdo de los tormentos que leí en el conmovedor relato dejado por una víctima de lo más inocente[21] (en la época de Jaime I). Mientras tanto, ningún medicamento me servía de lenitivo, excepto uno que me recetó un eminente médico de Edimburgo, a saber: tintura amoniata de valeriana. Así pues, poco puedo decir desde el punto de vista médico de cómo me libré del opio, e incluso ese poco, en boca de una persona tan ignorante en medicina como yo, sólo serviría para inducir a error. En cualquier caso, aquí estaría fuera de lugar. La moraleja de este relato se dirige al comedor de opio; y por tanto su

aplicación es necesariamente limitada. Si ha aprendido lo que es el temor y el temblor, ya será bastante. Pero podría decir que el resultado de mi experiencia demuestra al menos que es posible renunciar al opio después de utilizarlo durante diecisiete años y de abusar de sus poderes durante ocho, y que a lo mejor él podría emprender esa tarea con más energía que yo, o que con una constitución más fuerte que la mía podría obtener los mismos resultados con menos. Esto podría ser cierto: no voy a presumir de medir los esfuerzos de los demás con los míos propios: de todo corazón le deseo más energía: le deseo el mismo éxito. No obstante, yo tenía motivos externos de los que él podría carecer, y éstos fueron los que me proporcionaron unos apoyos conscientes que los simples intereses personales quizá no habrían aportado a una mente debilitada por el opio.

Jeremy Taylor conjetura que es posible que nacer sea tan doloroso como morir: me parece probable: y durante todo el período en que reduje la dosis de opio sufrí los tormentos de un hombre que pasa de una forma de existencia a otra. El resultado no fue la muerte, sino una especie de regeneración física, y podría añadir que desde entonces, a intervalos, he recuperado un ánimo más que juvenil, aunque bajo la presión de dificultades que, en un estado de ánimo menos dichoso, habría llamado desgracias.

Sigue en pie un recuerdo de mi estado anterior: mis sueños todavía no son totalmente serenos: la temible zozobra y agitación de la tormenta no ha remitido del todo: las legiones que acampaban en ella se están retirando, pero algunas permanecen: mi sueño todavía es desasosegado, y al igual que las puertas del Paraíso para nuestros primeros padres cuando volvieron la vista atrás desde la lejanía, todavía lo pueblan (según el tremendo verso de Milton)

caras temibles y brazos feroces.

Notas

[1] «Todavía no *confesado*», digo: pues en la actualidad existe un hombre célebre que, si es cierto todo lo que se cuenta de él, me ha superado enormemente en cantidad.

[2] Quizá se podría añadir una tercera excepción: y mi razón para no añadir esa excepción es principalmente que el escritor al que aludo sólo en su época juvenil abordó expresamente temas filosóficos; ha dedicado completamente su madurez (por razones muy excusables y comprensibles, teniendo en cuenta el rumbo que ha tomado la mentalidad del público inglés) a la crítica y a las bellas artes. No obstante, dejando de lado esta razón, dudo si no habría que considerarlo más un pensador agudo que un pensador sutil. Además, una de las grandes desventajas que impiden su dominio de los temas filosóficos es que evidentemente no ha gozado de la ventaja de una educación académica regular: no leyó a Platón en su juventud (lo que probablemente hay que achacar a la mala suerte), pero tampoco ha leído a Kant de adulto (cosa que sólo es culpa suya).

[3] Rechazo aludir a profesores *existentes*, de los que conozco sólo a uno.

[4] Unos dieciocho meses después, por cierto, volví a dirigirme a este mismo judío por el mismo asunto; y como entonces fechaba mis cartas en un colegio respetable, tuve la suerte de que prestara atención a mis propuestas. Mis necesidades no surgían del despilfarro ni de ninguna frivolidad juvenil (mis hábitos y la naturaleza de mis placeres me colocaban muy por encima de ello), sino simplemente por la malicia vengativa de mi tutor, el cual, cuando descubrió que ya no podía impedirme ir a la universidad, como muestra final de su buena naturaleza se negó a firmar una orden que me permitiera cobrar ni un chelín más de la asignación que me pagaban en la escuela, a saber, 100 libras al año. En mi época, con esa suma apenas era posible vivir en el colegio, y resultaba imposible para un hombre que, aunque estaba por encima de la mezquina afectación de mostrar un ostentoso desinterés por el dinero, y que no tenía gustos caros, confiaba demasiado en sus criados, y no disfrutaba con los íntimos detalles de la economía doméstica. No tardé en pasar apuros, y al final, tras una dilatada negociación con el judío (hay partes que divertirían enormemente a mis lectores si tuviera tiempo para relatarlas), entré en posesión de la suma que había solicitado, con las condiciones «habituales» del pago del judío, que eran un diecisiete y medio por ciento anual sobre el dinero aportado; Israel, por su parte, gentilmente no se embolsaba más de unas noventa guineas del dinero mencionado, y el resto era para la factura de un abogado (por qué servicios, y a quién se los habían prestado, y cuándo, si en el asedio de Jerusalén, en la construcción del segundo templo, o en qué ocasión anterior, es algo que todavía no he descubierto). He olvidado lo larga que era esa factura, pero todavía la guardo en una vitrina de curiosidades de la naturaleza, y creo que en algún momento la ofreceré al Museo Británico.

[5] El correo de Bristol es el mejor provisto del reino, debido a la doble ventaja de una carretera excepcionalmente buena y una suma extra de gastos suscrita por los comerciantes de Bristol.

[6] Se objetará que muchos hombres, del más alto rango y mayor riqueza, en nuestra época y a lo largo de la historia, se han contado entre los primeros a la hora de cortejar el peligro en la batalla. Ciertamente, pero éste no es el caso que suponemos: una larga familiaridad con el poder ha amortiguado su efecto y atractivos.

[7] James Otway fue un dramaturgo inglés (1652-1685) famoso por su pobreza y por morir ahogado al comerse un bollo muy deprisa. [*N. del T.*]

[8] φίλον ὕπνου θέλητρον, ἐπίκουρον νόσου(2) [«Oh, dulce hechizo del sueño, que ayuda en tiempos de enfermedad»].

[9] ἡδὺ δούλευμα(3) [«Dulce servicio»].

[10] ἄναξ ἀνδρῶν Ἀγαμέμνων(4) [«Agamenón, rey de los hombres»].

[11] ὄμμα θεῖο εἶσω πέπλων(5) [«se tapaba la cara con la túnica»]. El erudito sabrá que con este pasaje me refiero a las primeras escenas de *Orestes*; una de las muestras más hermosas de afecto doméstico que ofrecen las tragedias de Eurípides. Tal vez sea necesario añadir, para el lector inglés, que la situación al comienzo de la obra es la de un hermano al que sólo atiende su hermana durante la posesión demoníaca de una conciencia que sufre (o, en la mitología de la obra, al asediado por las Furias), y en circunstancias de peligro inmediato por culpa de sus enemigos, o cuando sus supuestos amigos lo abandonan o lo miran con frialdad.

[12] *Evanesció*: esta manera de desaparecer de la escena al parecer era muy conocida en el siglo XVII, pero en

aquella época se consideraba un privilegio exclusivo de la sangre real, y de ninguna manera se permitía a los boticarios. Allá por el año 1686, un poeta de nombre bastante ominoso (y que, por cierto, hacía justicia sobradamente a su nombre), a saber, el *señor Flat-man*, al hablar de la muerte de Carlos II expresó su sorpresa de que ningún príncipe cometiera un acto tan absurdo como morir. Dice:

Los reyes deberían desdeñar la muerte, y tan sólo desaparecer.

Es decir, que deberían fugarse al otro mundo.

[13] No obstante, se diría que últimamente es algo que los más doctos ponen en duda: pues en una edición pirata de la *Medicina doméstica* de Buchan, que en una ocasión vi en manos de la mujer de un granjero, que la estudiaba por el bien de su salud, se le hacía decir al doctor: «Procure sobre todo no tomar más de veinticinco onzas de láudano de una vez»: lo más probable es que el texto dijera veinticinco gotas, que equivalen más o menos a un grano de opio crudo.

[14] Entre el tropel de viajeros, etc., que con su estupidez demuestran que nunca han probado el opio debo advertir sobre todo a mi lector en contra del brillante autor de *Anastasius*. Este caballero, cuyo ingenio nos llevaría a considerarlo un consumidor de opio, ha conseguido que sea imposible considerarlo como tal por culpa de la tremenda deformación que nos ofrece de sus efectos en las págs. 215-217 del volumen 1. Pensándolo bien, lo mismo debió de parecerle al propio autor: pues, además de los errores en los que he insistido en el texto, en los que él (y otros) caen de lleno, tendrá que admitir que un anciano caballero «cuya barba era blanca como la nieve» y que toma «abundantes dosis de opio», y sin embargo es capaz de ofrecer importantes consejos (que se dan y se reciben como tales) acerca de los efectos nocivos de su práctica, no resulta la mejor prueba de que el opio mata a la gente de manera prematura o la lleva al manicomio. Pero, por mi parte, comprendo a este anciano caballero y sus motivos: el hecho es que se enamoró del «pequeño receptáculo de la perniciosa droga» que Anastasius llevaba con él; y no se le ocurrió manera más segura y factible de conseguirlo que nublarse, a base de miedo, el juicio de su propietario (que, por cierto, ya no era muy claro). Este comentario arroja nueva luz sobre el caso y mejora enormemente la historia: pues el discurso del anciano caballero, considerado como una lección de farmacia, es realmente absurdo, pero si es una manera de engañar a Anastasius, resulta excelente.

[15] En este momento no tengo el libro conmigo, pero creo que el pasaje comienza: «E incluso la música de esa taberna, que alegra a unos y enfurece a otros, me provoca un arrebato de profunda devoción», etc.

[16] Una hermosa sala de lectura, cuyo uso me permitieron cortésmente unos caballeros de ese lugar cuando pasé por Manchester, se denomina, creo, *The Porch*: de donde inferí, yo que soy un forastero en Manchester, que los suscriptores querían con ello manifestarse seguidores de Zenón. Pero desde entonces me han asegurado que me equivocaba.

[17] Calculo que veinticinco gotas de láudano equivalen a un grano de opio, y creo que ésa es la estimación más común. Sin embargo, como ambas se pueden considerar cantidades variables (la fuerza del opio crudo varía mucho, y la de la tintura todavía más), supongo que dicho cálculo no se puede llevar a cabo con una exactitud infinitesimal. Las cucharillas de té varían tanto en tamaño como el opio en fuerza. En una pequeña caben unas cien gotas: de manera que 8.000 gotas son unas ochenta cucharadas. El lector puede darse cuenta de que me mantuve dentro de los indulgentes límites fijados por el doctor Buchan.

[18] No se trata, sin embargo, de una conclusión necesaria: la variedad de efectos producidos por el opio en distintas constituciones es infinita. Un magistrado londinense (Harriott, *Srtruggles through Life*, vol. iii, pág. 391, tercera edición) ha anotado que, la primera vez que tomó láudano para la gota, ingirió *cuarenta* gotas, a la noche siguiente *sesenta*, y la quinta noche *ochenta*, sin que le produjera ningún efecto: y eso que era un hombre de avanzada edad. Un médico rural me contó una anécdota que deja en nada el caso del señor Harriott; y lo relataré en mi proyectado tratado médico sobre el opio, que publicaré siempre y cuando el Colegio de Médicos me pague por ilustrar su ignorancia sobre el tema: pero es una historia demasiado buena para publicarla *gratis*.

[19] Véanse los habituales relatos de cualquier viajero que haya visitado el Oriente sobre los excesos desaforados cometidos por los malayos que han tomado opio, o que se desesperan por su mala suerte en el juego.

[20] El lector debe tener en mente lo que quiero dar a entender aquí con *pensamiento*: pues de lo contrario resultaría una expresión muy presuntuosa. Últimamente en Inglaterra hay abundancia de excelentes pensadores, en los departamentos del pensamiento creativo y asociativo; pero se da una triste escasez de pensadores masculinos en el campo analítico. Hace poco un escocés de nombre eminente nos ha contado que se ha visto obligado a abandonar las matemáticas por falta de estímulo.

[21] William Lithgow: su libro (*Viajes*, etc.) tiene un estilo pedante y espantoso: pero el relato de sus padecimientos en el potro en Málaga conmueve de manera sobrecogedora.

Notas de la conversión

Por imposibilidad técnica han sido sustituidos algunos caracteres que podrían no mostrarse correctamente en algunos dispositivos.

- (1) Φωνᾶντα συνετοῖσι
- (2) φίλον ὕπνου θέλγητρον, ἐπίκουρον νόσου
- (3) ἡδὺ δούλευμα
- (4) ἄναξ ἀνδρῶν Ἀγαμέμνων
- (5) ὅμμα θεῖς εἴσω πέπλων

Título original: *Confessions of an English Opium Eater*

© De la traducción: Damià Alou

© 2014, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Esta obra pertenece a la serie Great Ideas, publicada originalmente en inglés en Gran Bretaña por Penguin Books Ltd.

ISBN ebook: 978-84-306-0736-5

Diseño original de cubierta: Joe McLaren y David Pearson

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

[Portadilla](#)

[Confesiones de un comedor de opio inglés](#)

[Notas](#)

[Notas de la conversión](#)

[Créditos](#)

Índice

Confesiones de un comedor de opio inglés	2
Confesiones de un comedor de opio inglés	4
Notas	63
Notas de la conversión	65
Créditos	66